



UNIVERSITY OF CALIFORNIA, SAN DIEGO



3 1822 03654 7446

Narrativa

SSH Stack: **Delincuentos**  
PQ  
7298.41  
.R49  
D45  
2009

Historias del narcotráfico

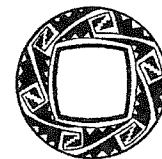
---

Arminé Arjona



# Delincuentes

## Historias del narcotráfico



*Delincuentes: historias del narcotráfico*

Portada: Oliver Lee Arce

Primera edición: 2005  
Al Límite Editores

Segunda edición: 2009  
Instituto Chihuahuense de la Cultura

De la colección editorial de Gobierno del Estado 2004-2010  
Lic. José Reyes Baeza Terrazas, Gobernador Constitucional

© Gloria Arminé Arjona Baca  
© Instituto Chihuahuense de la Cultura  
SE RESERVAN TODOS LOS DERECHOS

ISBN: 978-607-7788-17-1

**Instituto Chihuahuense de la Cultura**  
Avenida Universidad y División del Norte  
31170 Chihuahua, Chihuahua  
Teléfonos: (614) 426 62 55, 426 63 65, 426 64 59  
Fax: (614) 414 53 64  
Correo electrónico: publica\_i@chihuahua.gob.mx

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

*A mi mamá, por todo el amor que nos une.*

*A Rocío, mi única hermana y mi hermana única.*

*A mi tía Adria Mediavilla –in memoriam–,  
defensora de la vida en todos sus matices.*

*A Chispis, Alida, Elena y Diana, en la cercanía de nuestro espíritu.*

*A Tihui y Natasha, en la danza de la vida y la amistad.*

*A Guadalupe, por las veredas que un día recorrí en tus ojos.*

*A Lupita Collazo, por la paciencia y entusiasmo en este proyecto y,  
sobre todo, la amistad.*

*A Mariela y Verónica, hermanitas chilenas de ancho corazón.*

*A Juan Carlos y Cristina, por hacerle al cuento: gracias mil.*

*A los amigos, que son muchos, de los que mucho soy...*

## La apuesta

**E**levada a categoría de razón única e instituida como arma imbatible para que el mundo se explique su existencia, la lucha de los *mass media* se ha transformado en los últimos tres lustros en un tema de interés muy redituable para el poder.

Nadie como estos, los grandes medios, han logrado, en aras de una falsa democratización del pensamiento, derrumbar fronteras y usurpar límites nacionales con el objetivo de sepultar la conciencia de la historia.

Así pues, mientras la sociedad asiste a los funerales de las ideologías, los beneficiarios de la nueva *intelligentsia* informática erigen, impunemente, la banalidad como paradigma y proyecto definitivo de vida.

En este contexto, sin embargo, una importante porción del mundo se niega a la derrota de las ideas y lucha contra la decapitación del juicio crítico. A pesar del embate de las múltiples formas de sometimiento, el color y el sabor de la semántica trasciende veleidades mediáticas y desde los sótanos del mundo teje sus propias resistencias.

De ahí que Al límite editores, una empresa modesta pero firme, decida encontrarse en esta frontera con el destino de aquellos que sostienen que la voz, suma inapelable del lenguaje, aún nos pertenece.

Habitando en la extremadura de la región quizá más caótica del país, estamos conscientes de que caminar en sentido distinto a los intereses que controlan hoy día las grandes publicaciones, significa estar al lado de quienes reconocen, genuinamente, el papel crucial que juega la cultura en el desarrollo de las sociedades contemporáneas.

El compromiso de Al límite editores con la publicación de este primer libro: *Delincuentes: historias del narcotráfico*, de Arminé Arjona, reivindica la preocupación de la autora por colocar en la mira del debate público un tema de suyo incómodo, como es la participación de la mujer en asuntos del trasiego de la droga.

Recoger las historias de Arjona obliga volver los ojos al subsuelo para entender que el tan mal logrado oficio, de los que desde abajo participan en el narcotráfico, es producto de una realidad olvidada, propia de un país dominado por un régimen injusto y excluyente.

Confinado a las páginas de las secciones policiacas de los diarios y soterrado en expedientes de ministerios públicos locales, el tema, según es nuestra apuesta, espera llegar con este libro a las manos de un público amplio y heterogéneo tan ávido de encontrarse con propuestas distintas que se niegan a la tentación de caer en el autoconsumo del trabajo editorial.

Por otra parte, la publicación de este libro conlleva el reto de vencer la indiferencia a la calidad del trabajo de autores locales en momentos en que esta frontera padece un peligroso vacío en lo que a políticas públicas en materia cultural se refiere, sin que hasta ahora se haya escuchado, por parte de los personeros de los distintos niveles de gobierno, un compromiso serio y auténtico con la labor intelectual, más allá de posturas coyunturales y demagógicas.

El reto de publicar por la libre *Delincuentes: historias del narcotráfico*, fortalece nuestra convicción de que es posible llevar a buen puerto empresas culturales de signo autogestionario en donde la calidad sea, entre otros, uno de sus sellos distintivos.

Finalmente, Al límite editores agradece infinitamente la valiosa y desinteresada contribución de Mariela Paniagua

y Verónica Leiton, quienes generosamente se encargaron del diseño de la portada de este texto.

Asimismo, extendemos nuestro reconocimiento a Guadalupe de Anda, Melissa W. Wrigth y Susana Báez, por su agudeza y honradez intelectual en el análisis del libro.

A Jaime Moreno Valenzuela, nuestra gratitud por su aportación en la fotografía de forros.

A Miguel Soto Rodríguez y Arturo Hernández Holguín, mil gracias por echarnos la mano.

**Juan Carlos Martínez Prado**

Presentación de la primera edición

Marzo 2005, Al Límite editores

## Prólogo

Ciudad Juárez abre un espacio entre la esperanza y la desesperación en la frontera Norte de México. Durante los últimos cincuenta años la ciudad ha sido el destino de miles de migrantes que buscando las oportunidades de una vida mejor, han hecho largos viajes desde el interior del país. Algunos atraídos por las promesas de prosperidad se arriesgan en el viaje al otro lado de la frontera.

Muchos, sin embargo, se quedan en Ciudad Juárez donde buscan empleos en la industria maquiladora y donde viven en las colonias que extienden la mancha urbana por todo el desierto. Y ahí, en las colonias habitadas por gente con ilusiones perdidas, se encuentran los índices más altos de la desesperación y la violencia. En tales colonias la esperanza se enfrenta con todos los padecimientos de la pobreza: los bajos salarios que no alcanzan, la falta de escuelas, vivienda, agua, drenaje, luz y la inseguridad, además de la existencia de más de 1 mil 500 "picaderos". Ahí se ve que la droga no se siembra solamente con semillas en el surco sino más que nada, en los sueños rotos de generación tras generación.

Ultimamente la ciudad se ha visto cimbrada por tres hechos mayores y muy posiblemente ligados entre sí: uno, la violación y asesinato de más de 300 mujeres en los últimos diez años, jóvenes obreras en su mayoría; dos, las narcoejecuciones en lugares públicos y a plena luz del día, que también han dejado una alta cuota de víctimas, aunado al hallazgo de narcofosas y cementerios clandestinos en fincas privadas pertenecientes a la mafia; tres, la desaparición de miles de

empleos en la industria maquiladora y la falta de empleo en la economía local.

Este es el escenario donde Arminé Arjona recrea los *Delincuentes: historias del narcotráfico*; una serie de narraciones cortas que vienen a desmitificar la visión romántica y hasta exótica que principalmente el cine nos ha vendido sobre la mafia.

En estos cuentos vemos cómo el narcotráfico opera con gente de carne y hueso, con gente que conocemos, con quien vivimos, con quien tenemos relaciones. Es un asunto de familia y de vecindario donde mujeres, tanto como hombres, ejercen papeles fundamentales en la estructura local de lo que es el comercio global del narcotráfico. De hecho, ellas son las protagonistas en la mayoría de los relatos donde juegan un papel muy importante aunque sus posiciones sigan siendo bajas respecto a sus colegas hombres. Ellas son las “puchadoras”, las “burras”, las que pasan la droga por la frontera, las que más se arriesgan y las que menos ganan.

La importancia de esta obra no es sólo literaria, también nos ofrece una visión preocupada de su circunstancia histórica, ya que todos los cuentos tienen su base en lo que para muchos es su realidad cotidiana. Por ejemplo, en “La Cosecha” vemos reflejada la historia de muchos campesinos que ante la crisis del campo han tenido que sembrar marihuana y amapola para poder sobrevivir. En otros vemos a mujeres desesperadas por conseguir un ingreso para mantener a su familia, que de otra manera sería muy difícil conseguir dado lo raquítico de los salarios, la caída del empleo y la carestía de la vida en la frontera.

También, en “Amor elástico” nos muestra la tragedia desde un punto de vista que la justicia no prevé; de muchas mujeres que tienen a sus maridos en la cárcel y que es el

castigo a la familia misma. Por otra parte, en “Junior” se hace presente el mal ejemplo que padecen muchos de nuestros niños. Este es el pequeño hijo de un violento narcotraficante que tiene en su patio un cementerio para sus enemigos, donde juega el niño que es testigo de los asesinatos y que los retrata en sus juegos de la escuela.

Así, cada cuento nos muestra con ironía y humor un poquito de este todo complejo y cotidiano que se vive en la frontera. A veces nos presenta con un toque de hilaridad la otra cara del poder: la ignorancia. Los protagonistas encuentran las aperturas creadas por la ceguera que acompaña al racismo y la arrogancia de las autoridades migratorias de los EUA —la “migra”— para poder cruzar su “mercancía” inventando todo tipo de argucias: que si es *American*, que si se esconde la droga en unos mocasines que podrían usarse como arma bacteriológica por el hedor.

También nos muestra que las redes del narcotráfico y sus actividades clandestinas forman parte del quehacer a todo lo largo y ancho del tejido social. No es la actividad de una clase especial que esté bien definida ni que pertenezca a una cultura diferenciada por rasgos y valores específicos. El narcotraficante es parte de toda la sociedad y por eso todos somos parte de ello.

Esta obra refleja con mucha agudeza y en lenguaje de la “raza” —como se dice en Ciudad Juárez—, parte de la problemática que actualmente se vive en la frontera y no solamente aquí. El narcotraficante surge en las intersecciones de ambos procesos locales y globales, en un lugar ubicado estratégicamente para el mercado insaciable en los EUA. La “migra” aparece aquí como un mero trámite burocrático que hay que cumplir entre dos países y que arroja una red que atrapa nada más a los peces pequeños. Y es en este juego

donde nuestros pequeños delincuentes arriesgan su todo en un forcejeo del micropoder a ver qué cosa ingeniosa se les ocurre para engañar a los “migras”.

Así vemos pues, que el llamado dinero “fácil” que atrae a tanta gente al negocio del narcotráfico, en realidad no resulta tan fácil. El vivir en los límites de la ilegalidad conlleva altas dosis de riesgo y sufrimiento. Si bien el pertenecer a una organización criminal brinda oportunidades al que no las tiene, protección a unos cuantos, seguridad a la gente que vive con la incertidumbre económica, también es cierto que esta actividad los confina a la lógica de la ley dura, como dice en “Ni la Santa Muerte”: “Cada quien a lo suyo”.

Lo que encontramos en *Delincuentos* es una serie de “narcos” que permanecen entre la esperanza y la desesperación: gente común, malandrines de escasa monta que puede ser cualquiera bien dispuesto a ganar unos pesos más; o bien, gente que busca sobrellevar su vida. No son las historias de grandes capos. En el acercamiento que hace la autora al tema, estas pueden ser las historias de cada lector. Es una mirada local e intimista de un problema global y deshumanizado.

**Guadalupe de Anda  
Melissa W. Wright**

## Delincuentos



—No pues a las viejas las pusieron en otro carro y el otro “bato” se fue  
haciéndoles punta en otro mueble para pasar...

—Papi: ¿Verdad que tú tienes una pistola escuadra?

—Interpela un niño de cuatro o cinco años.

—Sí, m'ijo, una .45

Conversación escuchada en la avenida Juárez  
el viernes 8 de abril de 2004 a las 3:30 p.m.



## La cosecha

*Para Arnoldo y Macrina*

**P**os la mera verdá fue mi primo Reynaldo el que me convenció pa'meterme en el negocio. Nos habíamos salido del rancho pa'que los lepes pudieran estudiar aunque fuera la secundaria y no estuvieran tan de al tiro como uno. Mi señora Agustina fue la que más insistió:

—Ándale, Jacinto, pos qué quieres, que mañana tus hijos le estén rascando a la tierra como burros: a ver si llueve, que si las secas, que si esto, que si l'otro, pero nunca salimos de jodidos. Vámonos pa'Las Cruces. Allá de perdida hay estudio pa'los muchachos, pa'que sean algo mejor; gente de bien, pues. Allá está tu familia, como quiera y nos echan la mano pa'empezar.

Con lo poco que juntamos me llevé a mi gente a Las Cruces. Nuestra idea fue poner un tanichito pa'yudarnos. Reynaldo me aconsejó:

—Mira primo, no creas que aquí la cosa está tan fácil. Yo me fui pa'l otro lado y traje unos dolaritos. Ya mi taniche está creciendo porque al fin conseguí permiso pa'vender cerveza. Eso es lo que en verdad deja. El trago nunca falla, pero para eso necesitas una feria. ¿Cómo ves? La he estado pensando mucho y 'ora que estás aquí me he animado a proponerte un negocito. Ta'fácil, pero necesito alguien de confianza como tú, alguien que no la vaya a regar.

—Tú dirás, primo. Yo sólo quiero levantar a mi gente. Tú sabes...

—Mira. Tengo por ahí un compadre que me vende semilla muy barata, semilla de la buena.

—¿Y qué vas a sembrar?

—Pos mota, pues. Algo que nos deje harto dinero pa' los dos. Tú pones la mitad y entre tú y yo hacemos el trabajo solos.

—Oye, pero eso está cabrón. No quiero acabar en la cárcel.

—No seas güey. Ya tengo todo arreglado. No va a pasar nada, primo. Piénsalo unos días y luego me dices si te animas.

No, pos le anduve dando vueltas al asunto como una semana. Yo nomás quería ver a mis hijos sin esas hilachas, comprarles zapatos, darles escuela; empezar otra vida sin tanta miseria, pues.

Con mucho sacrificio pusimos entre los dos cinco mil pesos pa' la dichosa semilla. Nos metimos en la troca de Reynaldo cuatro horas por el monte y todavía de ahí caminamos otras cuatro horas. Sembramos varios días en una sierra bien alta y escondida.

—Aquí no llegan ni los sardos —me dijo Reynaldo— está re' güena la tierrita.

Regresamos tan cansados a Las Cruces como si nos hubieran pasado por el molino del nixtamal.

A los cuantos meses Reynaldo me convidó a ver cómo estaban las plantas.

Les juro que ni en todos mis años de ver milpas grandotas había visto algo igual. Las matas estaban re'te chulas, muy altas y harto frondosas.

—¡Ya la hicimos! Vamos a sacar una buena cosecha de aquí, te lo aseguro —me dijo Reynaldo bien lurio.

Llegó el tiempo de levantar la siembra y ya me hacía con mucha feria pa' liviar tantas necesidades de la familia. Subimos a la sierra y caminamos como pendejos. Cuando dimos con el escondite se nos atragantó la saliva como si fuera masa en la garganta. Ya no había nada. Ni una méndiga mata.

Nos quedamos callados, con muchas ganas de llorar.

—Nos cayeron los guachos, primo. Mugres soldados, no dejaron ni madre. Lo bueno fue que no nos agarraron —berreó Reynaldo entre muino y agüitado.

—Pos sí, primo, pero qué tizna nos acomodaron. Tanto méndigo trabajo pa'nada.

Y así estábamos rumiando nuestra tristeza cuando de pronto me fijé en el suelo.

—Mira primo. Aquí hay hartas pisadas. Entonces recorrimos todo el terreno. Ya no nos quedó duda.

—¡Pinches vacas hijas de su chingada madre! —gritaba Reynaldo una y otra vez.

Se habían tragado todo. Sin cerco que las parara, re'te a gusto las cabronas.

Primero lloramos y luego fue pura risión todo el camino de regreso.

—¡Pinches vacas mariguanas, primo! ¡Pinches vacas viciosas!

## Ni la Santa Muerte

*Para Alicia*

**A**ún siento cómo se encaja el “cuerno de chivo” en mi cuello, como si quisiera abrir un túnel por debajo de mi mandíbula. Mi vida pasa como una baraja. Cada carta los recuerdos más intensos, los momentos más queridos, mi familia, mi casa.

Corta cartucho y le pido a Dios que no me dé más tiempo. No quiero sentir ni sufrir. La orina me escurre por la pierna, caldo tibio en el pantalón. Me zumba la cabeza. Siento un calor que se agolpa, inmenso latido y a la vez tengo frío, y no dejo de temblar. La carne se me enrosca en cada poro. Alcanzo a oír una risotada y el cabrón que me apunta, me dice:

“Ya te cargó la jodida. Ni la Santa Muerte te salva de ésta”.

Ni la Santa Muerte, ni la Santa Muerte... y la frase retumba en mis oídos mientras estas últimas horas se me vienen como un sofoco, golpe de miedo en el vientre, un vacío grande, grande...

Nos dejaron en la Sierra Gordita, más allá de Los Laureles, más allá de Rancho Viejo, más allá de Tres Ocotes, más allá del más allá... Caminamos sierra arriba todo el día. Éramos siete personas. Nadie hablaba. Nadie escupió una sola palabra por el méndigo camino. En estos asuntos, mejor no hablar ni conocerse. ¡Pa' qué! Cada quién a lo suyo.

Ya pardeaba el cielo cuando vimos las señales en el camino. Dos antorchas y cuatro mulas amarradas a los pinos. El más flaco comentó:

—Miren, dejaron mulas pa' las *mulas* —y todos nos reímos.

Un hombre viejo, con la piel resquebrajada como tortilla seca, nos dijo a mí y a otra señora:

—¡Órale! Súbanse. Estoy muy trotado por las veredas y tengo paso de mula. No me voy a pelear por un animal.

Los demás echaron un volado pa' ver quién ganaba “bestia”. Seguimos por el camino de herradura hasta llegar al rancho.

Se notaba la buena cosecha. El campamento ardía de fiesta: habían matado marrano, la música cantaba a todo vuelo aunque estaba prohibido tenerla fuerte. Había pizcadores, unas cuantas cocineras, empacadores y vigilantes, así como capataces. Casi todos hasta la madre: bien aturrados, pisteados y paseados por tanta coca.

Me sentía tan cansada que preparé unos tacos y fui a echarme una caguama bajo un pino.

—Véngase. Vamos a bailar, chaparra —me dijo un caporal enorme.

—Órale, nomás dos piezas porque estoy reventada de los pies. Caminé mucho...

La verdad no quise negarme porque andaba bien loco y más que nada me convenció la .38 que traía fajada en el cinturón piteado.

Bailamos un chingo. El vaquero “cuerpo de oquis” pedía *Chaparra de mi amor* una y otra vez. Ya estaba fastidiada con tanto apretujón y pisotones al por mayor. Gracias a Dios que se fue a orinar y me le perdí detrás de un árbol.

Dormí sobre el sarape de no sé quién. Ni el borlotazo ni el pinche frío me molestaron.

Había amanecido y la fiesta seguía como si nada. Algunos estaban dormidos, abrazados a la botella o con alguna mujer. Oí ruido en los árboles. No pude entender cómo los vigilantes y sus parejas podían “fajar” allá arriba sin partirse la madre, trepados como ardillas dale que dale.

Yo nomás quería que me dieran mi carga pa' largarme a la fregada de ahí. El camino de regreso iba a estar canijo.

De pronto sentí el abrazo del oso. El maldito “cuerpo de oquis” se había despertado bien crudo y ondeado.

—Suélteme, por favor...

—¿Qué pasó, mi chaparrita? —Y me besó a la fuerza. Forcejamos y traté de darle una cachetada que se estrelló en su pecho y reventó mis dedos contra una metralletita de oro y piedras que traía colgada del cuello.

—¡Ay, cabrona! Me sacaste el mole —dijo furioso y me aventó al suelo. Andaba tan loco que pensó que era su sangre. Se sacó un tamalito de coca de la bolsa de la camisa y me ofreció un “pase”.

—No quiero —le dije—. Déjeme en paz.

—Tú te lo pierdes, chaparra ingrata.

Dio la media vuelta y se retiró. Mientras me sobaba las nalgas por el sentón, otra vez se dejó venir hacia a mí, pero ahora sí con el “cuerno de chivo” en la mano. Me levantó de los cabellos y me metió el cañón del arma en el cuello.

“...Ni la Santa Muerte, ni la Santa Muerte... repetía desquiciado”.

En eso me acordé del Señor Malverde. Cerré los ojos y me puse a rezar con mucha fe.

“¡Oh! Malverde, mi Señor. Te pido misericordia y que alivies mi dolor...”

Todo fue muy rápido. Cortó cartucho y se oyó el cohetazo. Me quedé aturdida, no oía ni madre.

El “cuerpo de oquis” estaba revolcándose en un charco de sangre. ¡Bendita piedra! Se había tropezado y se voló los güevos.

—¡Mátenme, cabrones! ¡Mátenme! —Bramaba como “cochi” en el matadero.

Luego se desplomó.

## El acecho

—¿Por qué tan sola, mi reina? ¿Por qué tan solita y triste? ¿Le molesta si me siento? Ándele, déjeme invitarle un trago —dice el cazador nocturno acechando a la joven mujer en la mesa del ruidoso bar que exuda música norteña, sudor y baile mientras el festín de la noche teje sus redes.

Con un gesto de hastío la mujer permite que el güero se siente a acompañarla.

—La he estado observando y usted se ve muy agüitada. No quiero incomodarla, sólo quisiera ver cómo se ríe...

La mujer sonríe con una mueca, como si todo le pesara esa noche.

—Oye, pa’ ser *gringo* hablas muy buen español —dice la mujer.

—¡Oh! Yo soy de El Paso pero me crié en el Segundo Barrio. Mi mamá era mexicana, mi papá es *gabacho*. Soy veterano, tengo muchos amigos chicanos; es más, casi no hago ronda con los *gringos*.

—¡Ah! —Contesta la mujer secamente.

—¿Y usted? —Pregunta el hombre—. Se me hace raro ver una dama tan bonita sin compañía...

—Soy casada. No pienses mal de mí. Tuve problemas en mi casa y mejor me salí a echarme unos pistos pa’ distraerme.

—¿Puedo ayudarle? De veras, de todo corazón...

Ella se suelta llorando y el pobre galán no sabe qué hacer. El mesero llega con una botella de tequila. Él ya anda medio entrado en copas.

—Pues no sé qué decirle, m'ija. Échese unos tragos conmigo. No voy a molestarla con preguntas tontas.

—Sólo acompáñame. No me preguntes nada, por favor —replica la mujer.

La música fogonea a todo lo que da. Ella finge tomar al mismo ritmo que él y con disimulo deja que se beba media botella.

—¿Qué hacemos? ¿A dónde vamos? —Propone el güerito cuando el tugurio va a cerrar.

—Mira, la mera verdad me gustas mucho pero yo no quiero nada en Juárez.

El tipo siente que es su noche de suerte: mujer despechada, guapetona y dispuesta a irse con él a donde sea. Salen del bar por la avenida Juárez.

—¿Sabes qué? —Insinúa ella muy melosita— Preferiría que nos fuéramos en mi carro, ahí está en el estacionamiento. Tú manejas porque yo me siento mal.

—Lo que usted diga, mi reina. Al cabo mañana regresamos por mi camioneta.

Tras la larga fila nocturna cruzan el puente hacia El Paso sin contratiempos.

—Oye, güerito, antes de irnos al motel párate en la farmacia de Fox Plaza. No quiero tener problemas; tú sabes, quiero estar protegida y protegerte a ti, por si las dudas.

Al bajarse en el estacionamiento del centro comercial una troca grande se aproxima hacia ellos echándoles las luces altas.

—¡Así te quería agarrar, cabrona puta! ¿Quién es este güey? ¿Quién es este cabrón? —Vocifera un vaquerote bigotón muy alterado, bajándose violentamente de la troca.

Al güero se le baja la borrachera del susto.

—Es mi cuñado —expone ella crispada de miedo— y es peor que mi marido.

—¿Qué traes con mi cuñada, güey? —Al tiempo que agarra a cachetadas a la mujer.

—¡Déjala! —Grita el güero y al tratar de defenderla el enloquecido vaquero saca una pistola.

—¿Sabes qué, cabrón? Dale gracias a Dios que estoy de buenas. Esta noche me siento muy perdonador. ¡Lárgate ahora mismo o no respondo! ¡Órale! Más vale que le “peles”, pero ya. Es más, agarra un pinchi taxi que yo aquí me arreglo con esta puta —advierte lanzándole a la cara un billete de cincuenta dólares sin cesar de gritar mientras le suelta dos cachetadas a la mujer al tiempo que la jala de los cabellos.

El desventurado sale a extraviarse con la noche olvidando sus dotes de conquistador en un segundo. La mujer hipando, tras un aguacero de lágrimas, ve perderse al galán a lo lejos.

—Cálmate, Nora. Ya se fue. ¡Qué pinche susto le metimos!

—Sí, cabrón, pero cómo me dolieron las cachetadas. Se te fue la mano...

—Pues sí, m'ija, pero qué tal pasó el carro bien cargadote con todos los kilos. Güero infeliz, ya se le hacía el brinco en la cama. Hay que hacer el teatrillo de a de veras, pa' que convenza...

—Pero qué pesada tienes la mano, desgraciado. Se veía buena gente, ¿verdad? ¡Pobre pendejo!

—De eso se trata, Nora. Así es el negocio...

Y se fueron diluyendo con la madrugada.

## La ganga

—**M**ire, tío —anunció mi sobrino Andrés, inflado como pavo real, mostrándome un Mustang 1965 color verde olivo.

—¡Ah, chirrión! Está bonito, ¿de dónde lo agarraste?

—Una ganga, tío. Conseguí licencia de comprador y me fui a Colorado a una subasta de ésas que hace la policía de vehículos apañados por deudas de impuestos o de los que les trampan a los narcos.

—No, pos te rayaste, sobrino. Se ve enterito.

—Lo mismo pensé yo cuando lo vi en el corralón, nomás que tiene que comprarlos así como están. No dejan que los pruebe uno. La compra es en caliente, como va.

“Yo dije, pues este Mustang se ve de poca madre. Me di cuenta de que era original, me volé todo y ya no quise ver ningún otro carro. La verdad me latió el corazón nomás de pensar en tener un clásico y más por el precio, una chulada...”

—¿Y cuánto pagaste, m'ijo?

—Dos mil trescientos dólares, pero es clásico.

—¿Y qué tal?

—No, pos fijese que me apendejé tanto con la emoción, que luego, luego pagué y a la hora de recogerlo me di cuenta de que no tenía el volante.

—¡Ah, qué mi sobrino tan...!

—Ni me diga nada, tío. Ya entrado en el negocio pagué la grúa hasta Juárez. Al cabo pensé que si no me lo quedaba yo, podría venderlo en una buena feria. Los Mustang siempre tienen sus fieles seguidores.

—Bueno, ¿y cómo está lo demás?

—Pues por eso vine. Usted tan bueno para eso de la mecánica, quiero que me lo cheque todito y me diga su diagnóstico.

—¡Órale, ya vas! Pero va a ser una corta pa'mí también.

—Ya sabe, le picho las "chelas"...

—Sí, cabrón, pero una feria también me la merezco, ¿no crees?

—Sí, tío. Yo no confío en nadie más que en usted. Voy a traer unas cervezas mientras lo revisa.

Así fue como me puse a checar este carrito y la verdad tan bien cuidado por fuera, así tenía de chulas las entrañas. Un motorzote limpio, no tiraba aceite, buena compresión, las bujías relucientes, el escape sin carbón. Pinche carro, bien fregón. De pronto me llamó la atención un compartimiento. Apenas si se notaba, pero yo que conozco de carros se me hizo extraña esa parte. Coloqué la lámpara para ver mejor el recoveco y... ¡ándele! Le di al clavo. Así, literalmente. Levanté una tapa misteriosa muy bien disimulada y saqué dos bolsas *teipiadas* con *masking* gris. ¡Bingo! Les metí la navaja lleno de malilla y curiosidad. ¡Putá! Pinche coca estaba re'buená. Como medio kilo de pura felicidad.

—¡Ah qué *gringos* tan tarugos! Habían torcido el carro pero no encontraron todo el "clavo". El "clavo" perfecto. Agradeciendo su pendejez, tomé los bultitos cual si fueran sagrados, como un par de recién nacidos en manos de un padre amoroso.

—No, m'ijo —le solté a mi sobrino en cuanto regresó—, este carrito necesita su buena *overholeada*. Voy a tener que ponerle al "jale" un buen rato.

—Hágale todo, tío. Ya ve que me rayé. —Yo también pensé para mí, pero no dije ni madre.

—¿Cuándo quiere que vuelva por él?

Rogando al santerío que el Mustang tenga otros buenos "clavos" más, le respondí: Véngase hasta el lunes, m'ijo, y tráigase otras "birrias"...



## American, Sir...

— ¡Hola! —Dijo Cecilia metiéndose al carro— ¡Qué pinche frío! Préndele al calentón.

—Espérate un rato —contestó Raquel—, con la heladota que cayó anoche batallé mucho para arrancar el carro. Acuérdate que compre el *antifreeze* en El Paso.

—¿Ya te hablaron?

—Sí. Ahora nos van a dejar el auto en el centro comercial de la Chaveña.

—¿A qué hora?

—Como a las ocho, ya está todo listo.

—¿Qué onda? Son las 6:15. ¿Crees que nos dé tiempo?

—Sí. Tenemos *chanza*. Acuérdate de que con los *gabachos* hay una hora de diferencia.

—Casi no se ve gente a esta hora ¿verdad?

—Deja que salga el solecito. Allá en mi colonia vieras qué *colas* para comprar petróleo. Está cabrón torear el frío desde las seis que abren los expendios.

—¿Almorzaste?

—No. ¿Tú crees que tengo hambre? Mi jefa hasta se agüitó. Dice que ando muy rara desde hace varios días. Yo me hice güey, no le contesté nada y me salí.

—Oye, si todo sale bien te invito a desayunar al Mac Donald's.

—No eches la sal. Todo va a salir bien.

—Toca madera, toca madera.

Silenciosamente siguieron el trayecto hasta llegar a la iglesia de San Lorenzo. La helada salpicaba el pasto como raspa de limón.

—¿Con cuántas veladoras crees que nos aliviane?

—Mira, para estas cosas no hay que tacañar. Yo diría que dos grandes y dos chicas cada una, además de los escapularios.

—Aquí está el altar. Órale, tú reza como puedas, yo me voy a echar tres rosarios.

Hincadas las dos amigas se ponen a orar con los ojos cerrados y las manos echas nudo, sudorosas a pesar del frío.

—¿Qué pasó, ya acabaste? —Dice Cecilia con voz queda.

—Espérate, nomás me falta uno. Échate un Padre Nuestro mientras que no sale sobrando.

—Ora sí ya vámonos, se está haciendo tarde.

—¿Trajiste las llaves, Raquel? —Pregunta Cecilia al llegar al centro comercial.

—¡Claro, mujer! ¿Cómo crees que se me iban a olvidar? Allí está el carro. Párate en la esquina.

Discretamente se bajaron del auto para instalarse en un carro color verde metálico de reciente modelo.

—Mira, dejaron una tortilla en el asiento.

—Así déjala. No hay que tirar basura.

—Aquí está el *spray*. Fumiga bien y abre tu ventana, al cabo ya ni siento el frío. Pásame un cigarro y pon otros dos en el cenicero. Anda, fúmate uno.

—Saca el pasaporte —dice Raquel al llegar al puente libre—. No te apures, calmadona, prende el radio y pon una estación chole, no le subas mucho al volumen.

—¿Qué línea te gusta?

—La de la orilla.

—¿Cómo ves la revisada?

—Está leve, dale.

Un agente migratorio de aspecto latino se acerca a la ventanilla y pregunta:

—Citizenship?

—*American, sir* —dice Raquel muy tranquila, mientras Cecilia le entrega el pasaporte. El tiempo se desliza cual “yoyo” eterno.

—*What are you bringing?* ¿qué traen?

—*Nothing at all.* Nada, señor, contestan a coro las dos.

Muy serio el agente llena una papeleta amarilla y señala: pásenle al número dos.

—Calmada —dice Raquel mientras se dirigen al punto de revisión.

—¡Chin! Es una vieja y trae al perro.

—Tranquila, compa —murmura Raquel como ventrílocua.

—Bájense del carro, por favor. ¿No traer comida ni licor? —Pregunta la agente.

—No —contestan un par de voces angelicales.

El perro salta primero al asiento de enfrente y enseguida al de atrás. Un ruido extraño hace que las tres mujeres volteen a ver al susodicho animal, quien tras engullir la tortilla en dos atracones, mueve la cola agradecido y sale del carro como si nada hubiera pasado. Conteniendo la risa, la americana enfatiza sin continuar la revisión:

—Dijeron que no traer comida...

—¡Ah! —Dice Raquel bien fresca— pensé que fruta o verdura...

—*Okey*, pueden pasar.

Pasan los topes en silencio y se dirigen al *freeway*.

—¡Ay, Dios! ¿quién iba a pensar que una simple tortilla nos salvaría?

—¡Ya la hicimos, compita! ¡Hijole! Y con el de la “mi-gra” de veras pusiste cara decente: *American, sir, American*. ¿Y a poco eres americana?

—No, pero ya sé pronunciar *American*.

—Pendeja, ¿qué tal si nos tuercen?

—Pa'l caso es la misma, con cuarenta kilos en la cajuela vas al bote, así hables inglés o español.

—*All right*, ésa! Vamos a dejar el carro, le hablamos al patrón para reportarnos y luego a ver qué nos compramos. Por fin mi jefita va a tener su casa alfombrada. ¿Y tú qué vas a hacer con la dolariza?

—En primer lugar, ahora que el perro ya desayunó, vamos nosotras al Mac Donald's ¿sí? Luego, no sé...

## Rita

Para L.F.

—¡Rita! ¡Rita!

—Ya voy, señora. ¡Válgame Dios! ¡Qué tiradero! Estos niños son una calamidad, un desastre. No sé por qué dejan que hagan lo que se les da la gana a los muy incordios...

—¡Rita!

—¡Ahí voy, señora!

—No se te olvide que el señor va a venir a comer hoy. Hazle las enchiladas que tanto le gustan y prepárale salsa en el molcajete. Rita, ¿pusiste la lavadora como te dije?

—Sí, señora.

—¿Le echaste la cantidad de jabón que siempre te he dicho? Una taza de las chicas...

—Sí, señora.

—No se te vaya a olvidar la carga. Te estás pendiente a que termine todos los ciclos.

—Ya sé cómo, señora.

—¡Ay, Rita! Acércate y ciérrame el *zipper*. Se me hace que se encogió el vestido. ¡Órale, no me pellizques! Fíjate en lo que haces...

—Perdón, señora.

—Plánchame el traje sastre azul mientras me acabo de arreglar. Esta noche nos vamos a celebrar mi viejo y yo —cuándo no, se la pasan de fiesta en fiesta. Voy a tener que aguantar a los lepes por la noche— y límpiame los zapatos de noche, que el otro día traían una mancha y me dio mucha pena con mis amigas. No sé por qué eres tan mal hecha...

—Sí, señora.

—Oye, Rita, a ver si en la tarde me grabas la novela *Perfume de señorita*, que ya se va a acabar y no me quiero perder el final.

—Sí, señora —¡Hijole! ¿Pos a qué hora quiere que también le ande ruñendo a la televisión? Si me traen en friega cuidando a los mocosos.

—A ver, Rita. Échale un ojo a la lavadora que estoy con el pendiente...

—Sí, señora.

Rita entra al cuarto de lavado justo cuando la máquina está terminando el último ciclo. Abre la tapa y empieza a sacar su contenido.

“No... si bien me dijo mi mamá: ¿Pa' que te vas a Juárez? Quédate en el rancho. Aquí hay miseria pero la vida es muy tranquila. No le hice caso. Tarde se me hacía pa' venirme para acá”.

Acerca una canasta grande y continúa con su tarea como una hormiga que saborea una hoja grandota y jugosa.

“Primero la friega en la maquila, luego pensé que trabajando en casa me iba a ir mejor; pues sí, gano mucho más, pero esta familia me está acabando. Rita pa' cá, Rita pa' llá. Rita, Rita, todo el santo día. Y no es que no les tenga cariño, diez años con ellos no han sido en balde, pero no tengo vacaciones ni aguinaldo, ni seguro, ni nada”.

Mete la carga a la secadora y la echa a andar, mirando fijamente hacia la gruesa puerta de vidrio que exhibe los verdes billetes volando dentro como una tómbola sin fin.

“Pues esta gente tendrá mucho dinero y serán muy mafiosos, pero cómo serán pendejos. ¿A quién demonios se le ocurre enterrar el dinero en el jardín? Y menos en esos frascos que son para envasar fruta, no billetes. Cualquiera lo sabe. Y con todo lo que ha llovido últimamente... Mira nomás, en lo que acabé en Juárez, madre mía. Lavando dinero. Lavando dinero del 'narco”.

## Dije que a todos

—**P**ásele, pásele, doctor. Lo estaba esperando con largas uñas, siéntese.

Me acomodo en el sillón de terciopelo rojo en la amplia recámara de don Fermín.

—A ver, José, tráele un trago fino al doctor, un coñaquito del bueno —ordena en tono de alarde.

—Ahorita no, don Fermín. Mejor acuéstese para revisarlo.

—¡Cómo no! No me va a desairar, ¿verdad?

—Ándale, José, apúrale.

El obediente guarura sale del cuarto y tres pistoleros me miran con sorna, en silencio los muy mulas. Don Fermín se despoja de sus botas de 400 dólares y se recuesta en su cama *king size*.

—¿Cómo se ha sentido? —Le pregunto.

—De la chingada, doctor. Otra vez el hígado no me ha dejado en paz. Puro coraje con esta bola de mañosos. Además no faltan los problemas con los negocios y las viejas que ahí están a pide y pide, no tienen llene las cabronas. Ya sabe, “doc”, si usted con una casa no se la acaba, imagínese yo con dos esposas...

José llega con una charola engalanada con una botella de Napoleón y dos copas.

—Sírvele, cabrón, no te apendejes...

Conteniendo su enojo, José obedece sumiso al patrón.

—¿Cómo me ve, doctor? ¿Todavía estoy vivo?

Me río sin ganas y le digo al viejo correoso: usted tiene para rato. Nomás es un desgaste nervioso, con una inyección de complejo 'B' se va a sentir mejor.

Aquel hombrazo de mirada animal se puso pálido, casi transparente.

—No la joda, "doc". Déme lo que quiera. Recéteme otra cosa pero una inyección, ni madre.

—Pues es lo que necesita. Total, un piquete y como nuevo otra vez.

—Prefiero que me metan un balazo, no quiero piquete.

—Yo se lo pongo, no le va a doler, es rápido.

—¡Por su santa madre, doctor! No me inyecte...

Se oyen las risitas socarronas de los guaruras.

—¿De qué se ríen, cabrones? Mucha risa, hijos de la chingada... —ruge don Fermín.

Silencio total.

Comienzo a hacer la receta y don Fermín se me acerca cuchicheándome al oído palabras que en su boca son sagradas. Al fin y al cabo también es mi patrón.

—¡Órale, Chuy! Te vas a gorro a la farmacia y que te surtan toda la receta como el doctor dice.

—Ándele, "doc". Échese un trago conmigo mientras vuelve este "pelado".

—Nomás una copa, don Fermín, voy a trabajar más tarde.

—¡Salud, doctor! Y ésta se la voy a guardar bien apuntada en el libro del "nomeolvices". Nomás porque le tengo harta fe me voy a dejar picar. Ni se vuele, que estas pulgas ya no van a brincar en su petate...

Pienso para mis adentros qué tan guardada me la va a dejar.

—¡Salud, don Fermín! Va a ver qué bien se va a sentir...

En eso llega Chuy de la farmacia con un bolsón.

—¡Ora sí, hijos de la chingada! ¡Mucha risa, pendejos! ¡Píquelos a todos, doctor! ¡Páselos por las armas!

Y ahí están la bola de forajidos tan machotes lloriqueando con los calzones abajo y las nalgas bien picoteadas. Un cuadro verdaderamente inolvidable —pensé.

—Págale al doctorcito, José. Dale cien dólares más de propina por este buen rato.

—Nos vemos el jueves que entra, don Fermín.

Oigo las risotadas del viejo, siento que las miradas de esos malditos se me clavan como letales dardos en la espalda y sólo le pido a Dios que nunca tenga que verlos fuera de los dominios del patrón.

## La pasada (Panamá red)

**E**ra la época de los *hippies*. Ya sabes, todo el mundo *peace and love* y en el tremendo loquerón. Me sentía soñado con las greñas hasta el hombro.

Habíamos hecho un concurso entre los “compas” para ver quién duraba más tiempo con el pantalón de mezclilla sin lavar. Los míos parecían resortes, casi se paraban solos y, por supuesto, gané después de mantener un tiempo récord de cinco semanas sin quitármelos. Tampoco me apartaba de mis mocasines de indio, esos con barbitas de cuero que eran mis chancas de rigor, las que ignoraban lo que era un calcetín.

El grupo Grand Funk iba a venir a El Paso y toda la clica estaba emocionadísima con la idea de oírlos tocar. Nos pusimos de acuerdo para ir al concierto. Yo iba a pasar la “mota” a pie. Una lata de “Panamá Red”, porque del puente libre al Coliseo no había mucha distancia. Los demás se fueron en carro para pasar sin broncas y yo, el rey del “clavo”, escondí la mota en el mocasín.

—*American* —dije en el puente. El fulano de la “migra” al ver mi aspecto totalmente *hippie*, me mandó adentro a la inspección. Me metieron a un pequeño cubículo. Llegaron dos agentes.

—¿*Citizenship*? —Me preguntaron poniendo cara de inquisidores.

—*American* —contesté muy seguro.

—*Where are you going?* ¿A dónde vas?

—*Shopping*, de compras —manifesté con mucha calma y candor en la mirada.

Me “basculearon” todo. Desde los bolsillos de mi pantalón de mezclilla hasta las axilas.

—Quítate los zapatos, *take off your shoes...* —ordenó un güero flacuchón con unas pecas en su rostro como salpicadas por un aspersor.

—*Are you sure?* ¿Están seguros? —Pregunté inocentemente.

—*Take your shoes off* —me dijo muy enfático.

La pensé muy bien y por supuesto que me saqué el mocasín izquierdo, en el cual no traía nada. Un asqueroso olor reptó por todo el cuarto, tomando en cuenta que no me quitaba las venenosas chanclas desde meses atrás. Hasta a mí me intoxicaba el horrendo patadón.

—¡Póntelos! ¡Póntelos! *Put them back! Put them back, please!* —imploraron con la cara verdosa y casi a punto de vomitar. *And get the hell out of here!* ¡Lárgate! ¡Amados mocasines! Si no estuvieran tan apestosos hasta les daba un besote —pensé mientras me dirigía al Coliseo con una sonrisa de pura y cínica felicidad.

“Ora sí —me dije— pinchi concierto va a estar bien chingón”.

## Amor elástico

*Para Ceci y todas las presas  
que viven fuera del amor.*

Su señoría:

... **C**omo cada domingo, ayer fui a visitarlo. Créame, no es fácil cuando sólo se dispone de quince minutos; una los quisiera extender como chicle pa' que rindan.

Semana tras semana la historia se repite cuando los presos “disfrutan” de la visita familiar y dos pulgadas de vidrio me mantienen ajena a las caricias de mi compañero. Dos pulgadas que parecen kilométricas hacen que mi esposo se masturbe frente a mí de una manera animalesca y rara. Sólo hay dos ventanillas, detrás de él otros más hacen “cola” en la antesala del amor esperando un beso a través de un grueso cristal.

¡Qué injusto es esto para las mujeres de los presos! La mayoría son latinos pudriéndose por delitos contra la salud en la pequeña cárcel de Lordsburg, Nuevo México. Casi todos casados y con familia esperando a que los hijos crezcan hasta cumplir 18 años, según las leyes, para poder visitar a sus padres. “¡Ya pa' qué! Dijo el sapo cuando estaba apachurrado”, para entonces las criaturas son adultos que han mamado la ausencia paterna con todas sus consecuencias.

Pocos comprenden que esto también constituye un castigo para las esposas.

Abstenerse de la carne durante años es mucha tortura y sólo unas cuantas lo soportan. No entendemos por qué se nos



mantiene presas del cariño, como si eso fuese muy malo. Las que estamos en la cárcel de afuera ardemos de ganas.

¿Quién? Dígame usted nomás, ¿quién puede aguantarse sin hacer el amor? Ni los animales hacen votos de castidad. Entonces, ¿por qué se nos castiga de esta forma? No es raro encontrar mujeres que buscan por otro lado lo que un vidrio salpicado de semen puede ofrecer. Está canijo vivir de puro amor.

Yo todo esto lo digo por mi hombre, el Joaquín, quien lleva cuatro años encerrado y ni siquiera puede ver a sus hijos. Y ahí no acaban sus problemas: lo violaron hace tiempo entre varios presos; ahora tiene Sida. No creo que viva para cumplir su sentencia.

Pero no hablo sólo por mí, señor juez, sino por todas las otras que con mucho sacrificio vienen desde México a ver a los suyos.

¡Qué triste forma de pagar las culpas en una jaula sin su pajarita! Las que estamos encarceladas afuera tratamos de traspasar un vidrio con las garras del amor y la paciencia. Por eso le escribo esta carta, para que le pregunte usted a esos señores que manejan la ley, cómo se puede vivir sin tocarse. Ellos qué van a saber de besos con sabor a vidrio, de mugrientos quince minutos que se tienen que estirar cada semana.

Quedo a sus órdenes.

Atentamente

Mariela Montenegro

## Los galanes

No podíamos creerlo. Pink Floyd venía a El Paso por primera vez. Iba a ser un concierto. Desde que escuchamos el primer anuncio en KLAQ pregonando el concierto, conseguimos una súpermota para la ocasión: unas deliciosas “colas” verde limón sin semilla. Teníamos boletos de los carototes para las primeras filas.

Llegó el ansiado día. Mi amiga Laura y yo estábamos afuera del estadio de UTEP disponiéndonos a darnos un buen “gallo”. Ver a Pink Floyd sin darse un toque era como volar sin alas. La piteada empezó desde temprano, desde que cruzamos el puente. Compramos un vodkita y unos jugos y preparamos los nutritivos *drinks* muy sorderos en vasos de plástico. Los conciertos en UTEP eran ultracholes: cero pisto, nada de loquera y un montón de policías revisando los bolsos a la entrada del estadio. Tuvimos que atizarnos afuera.

Yo estaba sentada en el lado del acompañante. Tenía la bacha en la mano cuando alguien tocó la ventana del auto. Me agarró de sorpresa y bien mosqueada, y con un ataque de risa bajé el vidrio.

Eran dos chavos bien buenotes. A uno de ellos le solté el humazo en la cara junto con una carcajada.

—Móchate —me dijo con una sonrisa perfecta y maliciosa. Le pasé el toque. Los invitamos a subir al carro y ellos de volada se instalaron despreocupados, como si estuvieran en un *picnic* familiar.

—Soy Jaime —me dijo el humeado y el otro, que era más zongo, dijo presentándose en tono medio “fresoide”: Me llamo Javier.

Nos dimos otro "gallo" y ellos sacaron un material bastante arreglador. Compartimos los pistos y nos fuimos juntos para entrar al concierto.

—¿Qué les parece si las vemos a la salida allá en su carro? Preguntaron.

Quedamos de acuerdo: Después de disfrutar un concierto bien chingón al aire libre, con una luna que parecía una gigantesca "tacha" bailoteando entre el cielo y la montaña de Cristo Rey, nos fuimos a desquitar el *munchies* en el restaurante de los trailereros, ése en el que sirven unos platotes para vikingos con bulimia.

La pasamos muy bien. Los galanes eran re'te guapos y simpáticos.

Intercambiamos teléfonos con ellos. Creímos que no nos llamarían, pero no fue así.

Los dos vivían y trabajaban en El Paso y pese a ello, se daban tiempo para venir a Juárez a visitarnos. Laura y yo nos sentíamos realizadas. Nos llevaban a cenar, a bailar, al cine... e invariablemente nos mochaban.

—¡Sáquenlo! —Decía Jaime que siempre fue el más aventado.

—Ustedes son un par de macoños —insinuaba Laura muerta de risa.

—Y ustedes, siempre traen una "mota" bien chingona. ¡Qué rico! —Aseveraba Jaime entusiasmado.

—¡"Mota" apagona, "mota" chingona! —Agregaba yo.

Laura se acopló con Javier y yo con Jaime. Las salidas se hicieron más frecuentes. A veces salíamos en parejas;

otras veces, cada quien por su lado. Mi mamá estaba encantada con el galán paseño.

—Invítalo a desayunar menudo el domingo —me dijo—. Si quieres, también puedes invitar a Laura con su amigo.

Jaime llegó con un ramo de flores, y mi mamá se sintió como una reina a punto de conquistar otro país.

—¡Ay, m'ija! ¡Qué muchachos tan lindos y sanotes! —Exclamó mi mamá después de conocerlos.

Un día Jaime me preguntó: Oye, ¿dónde consigues esa "mota" tan efectiva?

—Con un primo que a su vez se surte con sus "compas". Me dio pena decirle que él era el *dealer*.

—¿Y tu primo vive aquí?

—No, vive en El Paso.

—Pues es que el Javier y yo queremos comprar unos kilos. Tenemos una lana ahorrada desde hace tiempo, estamos planeando un viaje a Chicago y queremos llevar una buena "mota" para allá.

—No. No sé si mi primo nomás consigue "latas" con sus amigos...

—Pregúntale, ¿sí? —Luego me dio unos besotes muy sabrosos y apasionados.

Hablé con mi primo y me dijo que podría conectarles unos veinte kilos, a lo mucho treinta. Claro, primero me preguntó si era gente de confianza y si era cierto que tendrían la lana convenida.

—¡Ay, primo! ¡Sí! ¿Cómo crees? Si están re' guapos y son bien buena onda. Además, son bien mariguanos.

Se armó el "conecte". Jaime nos recogió a Laura y a mí en Juárez. Ya en El Paso nos cambiamos al carro de Javier, quien nos estaba esperando en un 7-Eleven con el dinero para la transa clavado en la cajuela.

Al llegar a la casa de mi primo saltaron farolas y gente por doquier. Los policías tenían rodeada toda la cuadra. Apañaron a mi primo y a dos amigos más que estaban con él en el cantón. A Laura y a mí también nos torcieron, a pesar de que la lana pertenecía a Javier y Jaime.

Laura declaró en mi contra y se salvó. Por ser americana me dieron la ciudad por cárcel durante un año, después de que mi familia pagara un dineral a un tiburonesco y sagaz abogado.

Tan guapos. Tan simpáticos. Tan galanes. Los gandallas de la DEA.

## Pilar

*Para Jaime y demás amigos,  
por los verdes años...*

### I

—**N**ada como un buen "gallo", me digo al prender un tremendo "zepellin". Disfruto cada fumada que le doy y me doy. ¡Ay, está re'buena la "motita", marihuana, "mota", "gallo", toque, "chubi", flavio, grifa, macoña, *grass*, mora, café, yesca, rolando, pito, porro, güiro, "saltapatrás", finito, fasito, *joint*, *rooster*, *hemp*, mostaza, maría, gaitán, carrujo, *weed*, bambino, preciso, queso, maconia, chumito, nescafé, gallardo, *spliff*, picadientes, zacate, *moiss*, *mary jane*, "churro", "petardo", 4-20, "churrumais", leño, son, flautín, *dubi*, canuto, juanita, *cannabis*, *muggles*, ganja, "burrito de verde", "chille relleno", *reefer*, *queto*, *pot*, *smoke*, *endo*, gallego, *dope*, zacarías, marro, varillo, *johnson*, tamalito, atolondrador, amagativo, epazote, arreglo...

¡Ah, cabrón! ¿Cómo que nada como un buen "gallo"? Si los "gallos" no nadan. En realidad, quiero decir que nada como un sabroso "toquelín" para el malsano y perversamente delicioso esparcimiento cerebral. Me imagino a cada neurona como si estuvieran en un *picnic*: unas brincando del trampolín en la alberca, otras cotorreando y otra bolita de neuronas echándose unos pistos. ¿Pa' qué, si aquí está su "motita" de sabor? ¡No pisteen! ¡No pisteen! ¡No sean güeyes, aquí hay "mota"!

¡Ah, cabrón! Estoy bien "pacheca". ¡Qué buena está esta madre!

Sigo inspirada fume y fume. Cuántos nombres pa'la "mota". Pudiéramos decir que soy una enciclopedia "verdiente". Digo, viviente. Tanta sabiduría y humazo en los pulmoncitos y las neuronas. ¡No le hace! La mota me encanta. Mejor que el pisto, sin cruda, con una hambre feroz llamada "munchies" y todo el divague del mundo. Verde que te quiero verde. ¡Ah, pero eso sí! Nomás fumo "mota".

Fumar "mota" es como abrir la ventana en la cajita de recuerdos...

Tengo una hermana loca y desobligada, más que yo. No me importa, así la quiero un chingo. Es tan irresponsable que cuando mi sobrinito Manuel tenía cinco años, vino y me lo dejó como si me regalara un perro.

—Me voy de Juárez con "El Mamilas" —su noviecito de mierda— y no podemos traer al niño rodando con nosotros sin rumbo fijo.

No hubo poder humano que la convenciera a cambiar de parecer. Yo en realidad no insistí mucho. Ella y mi cuñadito se la pasaban bien "pedos" todo el santo día; luego se prendieron con la fumada de base y fue peor: se volvieron más estúpidos y "valemadre". Hubo veces en que mi sobrino comía palomitas, chicharrones, papas y refrescos como único alimento. No había forma de que lo atendieran. Además de hambreado, a veces lo encontraba bien sucio. En mis ratos libres lo llevaba a mi casa, ni qué decir los fines de semana. Ya estábamos bien entradotes en materia de cariño cuando lo traje al hogar. ¿Lo traje? Me lo trajeron...

Me quedé en el *wari* —como decía mi abuela—, o sea, en el canasto: solterona. Mi abuelita vivía conmigo; mi papá, que era su hijo, huyó de la casa hace un chingo y de la pena,

mi mamá se fue a rendirle cuentas a Diosito. Cuando llegó Manolito se complicaron las cosas, a pesar de ello salí adelante —y ahorita salí hasta atrás con la "mota"—. Nací en El Paso, trabajaba en una fábrica de pantalones en "El Chuco". Una chinga la maquila, más la cosida, es re'te pesada, te acaba machín. Ganaba dólares que aquí en Juárez rinden más y de vez en cuando jalaba horas extras para sacar más lana.

Conseguí una chavalilla para que cuidara a Manolito y a mi abuela Cayetana, "Tanita" pa' los "compas", quien tenía 86 años y padecía diabetes. Era re'buena onda la viejita, yo la adoraba. Ella estaba encantadísima con el mocoso en la casa. No es por nada, en mi familia siempre hemos sido bien querendones, hasta mi papá. Ese cabrón quería a todas las mujeres, el viejo "jarioso", "raverde", pero no quiero hablar de él, borrón y cuenta nueva.

Bueno, ahí la íbamos pasando esta bonita familia de tres personas hasta que llegó el día atroz en que cerraron la fábrica. No sé si se acuerdan, en ese tiempo cerraron muchas maquilas de El Paso para traérselas a Juárez. No vi un sólo quinto de compensación, a pesar de tres años de trabajo como esclava. De pronto me vi sin empleo, con una abuela enferma y un niño adorable con muchas necesidades.

Se me puso bien canija la situación, por no decir perra. Estaba desesperada. No conseguía chamba. Si las maquilas de El Paso estaban mal pagadas, ahora imagínense en Juárez los pinches tres pesos para vivir. Cuando trabajaba en El Paso tenía el turno de la mañana, de esa manera podía dedicarle más tiempo a mi familia.

Pasaron tres meses hasta que se me acabó el ahorrito que tenía guardado. No tengo estudios, las únicas chambas que podía conseguir ofrecían unos sueldos miserables. ¡Qué esperanzas de seguir pagando a alguien para que cuidara a

mi "Tanita" y a Manolito mientras yo *camellara!* No podía darme ese lujo.

De repente apareció en escena mi amiga Beatriz. Éramos "mugre y mugre" desde pequeñas. Teníamos dos años sin vernos. Llegó en una trocota bien linda, con muchas joyas, perfume caro y buena garra. Se le notaba lo próspero. Recuerdo tan claro aquel momento, que me parece oírnos hablar.

## II

—¿Qué onda, amiga? —Dijo bien felizota al saludarme.

Compramos... más bien, pichó las "chelas" y al calor de las copas le conté todas mis penurias.

—Pues sufres porque quieres, tengo la solución para tus broncas —añadió.

Cuando ensayaba mentalmente mi discurso de agradecimiento a la buena "compa" que me iba a regalar un préstamo, Beatriz dijo matándome la patada:

—Yo puedo alivianarte, nomás tienes que brincar...

—¿Brincar? —Pregunté azorada.

—Sí, *güey*, "brincar mota" a El Paso...

—¿Cómo crees, pendeja? —Respondí.

—¿Pues de dónde crees que salió todo esto, mi reina? —

Dijo con una maliciosa sonrisa.

—¿A poco tú, Beatriz, si eras re'te chole? —Exclamé admirada.

—Era, m'ijita... El dinero no se barre con la escoba y el trabajo es una maldición de Dios, por eso lo pagan. Tú sabes que siempre me gustó la lana.

—¿Y no te da miedo, *güey*? —Agregué.

—Pues sí se me frunce, no creas. Hay que tener sangre fría y sacar partido de tus encantos. Pasar como si fueras una cándida angelita incapaz de matar una mosca —me respondió.

—¿Y de dónde sacas la "mota" o qué fregados andas moviendo, coca?

—No, es "mota". Cuando estuve en Durango me casé con un macizo...

—¿Te casaste y no me dijiste, méndiga Beatriz? —La interrumpí.

—Es que me casé allá en "Salsipuedes", Durango. Conocí a mi esposo en un "antro". Me encantaron su ojazos verdes y sobre todo, la lana que cargaba en su billetera y la camionetota que traía. Me llevó a su pueblo para conocer a su familia; resultaron ser de la más pura estirpe "motera" de la región.

—¿Y no tienes miedo de que te "tuerzan"?

—¡Ay, no, *güey*! ¡Ni lo mande Dios! Ya te dije que sí me da un poco de miedillo. Esta gente trabaja en serio. Tienen armada su buena clica y están arreglados con los *gringos*...

—¡No! Me estás cotorreando... querida Beatriz.

—Neta, Pilar. Siempre tienen a alguien apalabrado en la pasada. Saben cuándo y a qué hora cruzar la "merca". No hay "pedo". Te lo juro, amiga. ¡Oh! ¿Qué no ves mi camioneta?

—Sí, pinchi trocón, te ha de haber costado un buen billete. Oye, ¿y por qué si tu "marisco" es el preciso, tú andas pasando la loquera?

—Así es más fácil despistar al enemigo con una vieja tan guapota como yo. Me voy bien escotada y con una faldita de lo más rabona; eso sí, de buena marca. Me baño de perfume y... ¡listo!

—¿Y cuántos viajes has hecho, amiga?

—Un montón. No sé. No los he contado...

—‘Pérate, ‘pérate, Beatricita. ¿Qué no me dijiste que acabas de regresar a Juárez?

—Tengo un año aquí, amiguita...

—Cómo serás cabrona, méndiga. No me habías buscado... —le reproché.

—Es que he andado muy ocupada entre el *superparty* y la luna de miel.

—Hablando del galán, ¿cuándo me lo presentas?

—Luego, luego... nomás no me lo vayas a bajar, Pilarcita.

—¡Salud! —Dije con una carcajada. Y chocamos los botes de cerveza, la mía se derramó en el vestido de Beatriz.

### III

—Qué rico me la estoy pasando con este “burrito de verde” cerebral y mis recuerdos, no tan cuerdos. Déjenme les cuento limeños... con mi leño en la mano... cómo me metí en esta macoñesca aventura. Beatriz fue mi instructora, nos íbamos bien arregladas —por fuera, no por dentro.

Traíamos una bolsa con “garras” de tienda cara. Cuando nos preguntaban: ¿A qué van a El Paso? Decíamos que a cambiar la ropa. El estómago se me hizo de acero y la mirada tan limpia como una celestial criatura. La diferencia en-

tre mi maestra y yo era casi de la noche a la mañana. Ella realizaba hasta tres o cuatro viajes por semana disfrutando entre el reventón y la buena vida. Yo me administraba muy bien, hacía rendir el billete al máximo. Volví a trabajar cuando era realmente necesario. Tenía mucho que arriesgar en cada viajecito. Me encomendaba a todos los santos —ahora les ruego a todos los “antros”—. Rezaba mucho y pedía por las dos, aunque a la Beatriz le valía gorro.

El *bisnes* estaba así: dejábamos el carro cargado en un centro comercial de El Paso. Beatriz picaba un número en el teléfono público, la clave para avisar que el “jale” estaba hecho. A veces nos dejaban un carro para regresarnos, otras veces volvíamos en taxi.

Los precisos de la familia política de Beatriz estaban encantados porque siempre fui muy cumplida pa’jalar, a veces me regalaban un bono extra por la pasada: coca, “mota”... yo lo vendía entre mis amigos. Bueno, le daba un previo pellizquín a la “mota”. La coca me chocaba por la “pacheca” de mi hermana y el bueno pa’nada de “El Mamilas”.

Un día le robaron a la familia feliz un carro que estaba cargado y listo para cruzar a El Paso; desapareció misteriosamente, nunca lo encontraron. Todos éramos sospechosos.

Nosotras maliciamos del cuñadito de Beatriz, el tal Gabriel, que era bien transa y más cabrón que bonito. Estábamos seguras de que él se lo había chingado. Era una lacra, déspota y mamón. Se creía la trompa del tren. Fresada con piojos, como decía mi “Tanita”. Un estúpido. Sí, una bestia. Pero por ir haciéndonos punta de lanza cuando cruzábamos la merca, se llevaba la tercera parte del pago. ¿Por qué? Pues le costaba mucho trabajo decir: “Ahí vienen estas pendejitas cargadas atrás”. Además, era el hermanito menor del preciso, o sea, el esposo de Beatriz. Tengo tan presente

la Navidad en que la familia se dejó caer con medio kilo de "colas" pelirrojas y unas escamas de coca buenísimas. ¿Pregúnteme qué pasó con el obsequio? Nada. El cabroncito de Gabriel se lo chingó. Tiempo después me enteré por la Beatriz:

—¿Qué te pareció tu regalote, amiga?

—¿Cuál regalote? —Respondí.

—No te hagas. La "mota" y las piedras que te mandamos con Gabriel, te las envolví en un papel bien "chido", con unos "Santocloses" bailando medio encuerados.

—Pues ese desgraciado no me dio nada.

Mi amiga se quejó con su marido y cuando éste le preguntó al piñero qué había sucedido, el muy hipócrita dijo que le habían abierto la cajuela del carro para robarle exclusivamente el regalito. El preciso, ciego con el "juniorsete" de cagada, le creyó el cuento.

Eso y otros detallitos más del Gabriel, nos hizo recelar del famoso robo del carro. Pa' cabarla de joder, nos dejaron sin "jale" como un mes. Por ese méndigo abusón tuve que conseguir un préstamo que luego me salió muy caro. En ese tiempo, la Beatriz me alivianaba con mandado y presentes para el Manolito. Se discutía, pero me daba mucha pena sablearla.

#### IV

Llega un día en que la vida se convierte en la bola negra de tu existencia y a mí me pasó. Era domingo y el Gabriel me habló para realizar un viaje. No me dio buena espina desde

un principio. No me latió nada pero me lancé a "jalar". Esa mañana abrí el refrigerador de mi casa y me encontré a una cucaracha muy nerviosita mordiéndose las uñas de la preocupación porque no había nada qué comer.

—¡Hora de trabajar! —Me dije. No importa que Beatriz y su esposo no estén en la ciudad. No importa que sea domingo. No importa que el movimiento sea en el puente Santa Fe y sean casi las ocho de la noche —en ese tiempo no había "colas" para regresar a El Paso—. No importa que le haya oído la voz muy rara al malandro del Gabriel. No importó nada.

"Todo está arreglado, todo en orden, Pilar" —me dije mentalmente—. Me pareció muy extraño que Gabriel haya traído a su esposa para acompañarlo a hacerme punta en la pasada del puente. Su carro iba frente a mí en la fila y él se encargaría de darle la clave al agente de *customs*.

Cuando faltaban cinco coches delante de nosotros, Gabriel se bajó del carro para pasarse a pie. Su esposa se puso al volante. Lo veo y no lo creo, me dije. Ya no pude regresarme. ¡Ayúdame, Diosito! No me vayan a torcer —pensé—. Me puse a rezar desesperada. Tomé el volante con las dos manos para que no se notara la temblorina que traía. Cálmate, Pilar, cálmate, todo va a salir bien —me repetía una y otra vez—. Sólo imaginaba a mi sobrino y abuelita sin mí. La esposa de Gabriel pasó sin broncas. Llegó mi turno. Traté de conservar toda la calma y sangre fría del mundo".

—*Citizenship?*

—*American...*

—¿Qué traes?

- Nada, señor. *Nothing at all.*  
 —Abre la cajuela.  
 —¿Qué?  
 —Que abras la cajuela.  
 —¿Cómo dijo?  
 —¡Que abras la cajuela! *Open your trunk...*  
 —¡Ni madres, güey! —Contesté.

“Metí el acelerador a fondo. En el vuelo de mi desesperación me pasé el alto de la Calle 9 y El Paso. Di vuelta a la derecha por la Calle 8, me volé el alto de la calle Oregon y con velocidad giré hacia la derecha por la calle Stanton sin hacer alto en el semáforo; por fortuna era de noche y no había gente en el centro, tampoco patrullas. Frené al llegar a la caseta de pago. Aventé el dinero del peaje y regresé a gorro a Juárez por el Puente Lerdo. No podía dar crédito: ¡No me torcieron! ¡No me torcieron! ¡NO ME TORCIERON! —Grité eufórica y llena de miedo a la vez—. Estacioné el carro en un callejón a un costado de la avenida Juárez. Al bajar del auto me sentía mareada, con las patitas bailándome como hilachas. Corrí desesperada hacia mi casa. Lo único que deseaba era ver a mi familia. Casi volé. Perdí la noción del tiempo. Llegué a mi hogar y sentí como si hubiera aparecido en las mismísimas puertas del cielo y me estuvieran esperando con grandes ansias y fanfarrias, algo así. Revivir esa noche hace que la piel se me erice de emoción”.

—¡Abuelita! ¡Abuelita! ¡Ya llegué! —Dije llorando y gritando al mismo tiempo.

—¿Qué traes, mi niña? —Preguntó “Tanita” con todo el colmillo de su sabiduría.

Sin agregar palabra me dirigí al cuarto de Manolito, con mi abuela siguiéndome detrás.

- ¡Los quiero un chingo! ¡No saben cómo los quiero!  
 —Dije al abrazar a mi adormilado sobrino.  
 —¿Qué te pasó, Pilar? Estás muy rara... —insistió mi abuela.

Con el llanto bajándome como desagüe que no sabe lo que es vivir en Juárez, repetía como disco trabado: ¡Los quiero mucho! Nunca les voy a fallar... Les lloré todo un río, como dice la canción. Ya no quise saber nada de transas. Bueno, sí quise, pero nomás en cierta forma.

## V

—Todo estuvo muy raro, Beatriz. Gabriel se bajó del carro justo a la hora de la hora y dejó a su esposa frente al volante. Tú sabes que ella nunca nos acompaña a menear...

—¡Ah, canijo! ¿Te acuerdas del carro que se extravió? Pues el hijo de la chingada de Gabriel empezó a insinuarle a mi marido que tú te lo habías fregado, casi lo convence.

—¡No mames! ¿Pues qué no me conoce? —Contesté.

—Sí, pero el Gabrielito se encargó de ponerte en la cruz, por los pinches celos que te tiene.

—¿Y? —Balbuceé sacada de onda.

—Al enterarse de que regresaste con el carro cargado, le entraron dudas. Me dijo: ningún “bato” hubiera hecho lo que ella, les faltan güevos y les sobra cobardía. Aproveché para decirle que mucha gente se ha quejado del Gabriel: se chinga los cambios y los regalos, jinetea la lana de los pagos y gasta más de lo que gana.



—Cabrona, ya dime si me van a dar piso o qué...  
 —Pues mira, mi viejo me encargó que te diera este sobre, ábrelo.

Me quedé bizca al ver mil dólares relucientes. Gracias amiga, justo lo que necesitaba —dije llena de emoción.

—¿Qué, y mi amistad no la necesitas, cabroncita?  
 —Añadió Beatriz con una sonrisa.

—Sí, queridísima —le respondí mientras nos abrazamos con mucha injundia.

## “La Picucha”

*A Mara, amiga que pasa con veladora en un cuento.*

### I

**A**bro los ojos. Todo me duele. Me lastima la blancura del iluminado lugar donde me encuentro. Parece que la luz va a estallar en mis ojos.

—¿Estoy muerta? ¿Es esto el final?

De pronto un ángel se me acerca y me dice muy quedo:

—Trate de dormir.

Obedezco y duermo. Todo es confuso, todo se entremezcla. El dolor es insoportable. El dolor... el dolor. Los sueños también duelen. Quiero dormir y necesito estar despierta para saber qué está pasando.

—¿Dónde estoy?

Los ángeles me rodean. Vuelvo a dormir. Trato de despertar y no puedo.

Escucho voces lejanas. Murmullos. Siento el aleteo de los ángeles sin cesar alrededor de mí.

No puedo estar muerta. No creo que pueda estar muerta y sentir tanto dolor.

Estoy viva. Con el brazo que me queda libre recorro mi cuerpo rodeado de vendajes y yesos. Levanto la sábana, diminuta tienda de campaña. Veo mi pierna atrapada en un yeso, una tubular y blanca cárcel de vendas encaladas rodean mi pierna izquierda. Palpo un bulto doloroso como un bebé arropado en lo que creo que es mi muslo derecho. Algo está mal. No sé si grité porque otra vez fui lanzada a la oscuridad.

El tiempo se desploma, negro telón que envuelve mi existencia.

—¿Cómo se siente? —Pregunta un tipo de bata blanca.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital, tuvo usted un accidente. Lo siento mucho. No fue posible salvarle su extremidad.

Habla de mi pierna como un parásito maligno extirpado de mi cuerpo cual si fuera un ente extraño.

—No se preocupe. Con un buen programa de rehabilitación podrá usar una prótesis y caminar nuevamente —me explica el médico al tratar de consolarme.

Me derrumba el llanto y una sensación de ahogo se apodera de mi voz. No tengo fuerzas para responder.

—Trate de descansar —dice el doctor antes de retirarse del cuarto.

## II

Cada vez me convenzo más de que esa troca negra me viene siguiendo.

Acelero el carro y percibo que quienes vienen detrás de mí aceleran también.

No distingo sus rostros. Me mortifica lo que veo. Siento la *calentura*, es un instinto natural. Traigo en mi bolsa medio kilo de cocaína y cinco mil dólares.

—¿Serán mulones o malandros? Da lo mismo —pienso— Cualquier cabrón de esos es peligroso.

—¡Chin! Cambio de carril y ellos también lo hacen.

Siento el primer golpe por detrás del carro y apenas si logro controlarlo. Otro golpe y otro más, cada vez más fuerte que el anterior. Trato de escapar, viro hacia la derecha. El último contacto provoca que el auto empiece a girar una y otra vez. Todo sucede en cámara lenta. El cinturón de seguridad hace que permanezca en el carro sin salirme. Después de tres o cuatro vueltas mi mundo queda al revés.

Una sensación de silencio me rodea. En ese momento no siento los golpes.

Algo me empuja a salvarme. No puedo abrir la puerta, está atorada y mi brazo sin fuerza trata de abrirla inútilmente.

De pronto aparecen dos niños y entre ambos tratan de liberarme. Después de un gran esfuerzo lo logran y a pesar de que el espacio es mínimo logro salir como una serpiente viscosa y resbaladiza. Mi pierna derecha está atrapada entre el acelerador y el freno. Tras un fuerte jalón alcanzo a zafarme.

—¡Córrale! ¡Córrale! —Gritan los niños. ¡El carro va a explotar!

Introduzco el brazo por la apertura de la puerta para rescatar el dinero y la coca, pero los niños insisten con sus gritos:

—¡Córrale, seño! ¡Va a explotar!

Una descarga eléctrica recorre mi pierna; la arrastro como si fuera un fardo doloroso lleno de cemento. Me salvo no sé a qué distancia antes de oír una explosión, caigo al suelo y no sé nada más de mí.

### III

Los recuerdos son ráfagas que centellean en la memoria obnubilada y me regresan a mi adolescencia en la academia Loreto en El Paso, Texas. Mi novio Martín hacía sus “piniños” moviendo latas de *moiss* con sus amigos. Conectaba los kilos de marihuana con campesinos de Michoacán y Oaxaca, y traía los “ladrillos” de “mota” hasta Juárez clavados dentro de artesanías o piñatas. En ese tiempo la inspección en el puente internacional no era tan severa y empecé a “latear” con las *gringas* de la escuela.

—Estás picuda —aseguraba Martín, orgulloso. Mi “morrita” es una picuda, presumía entre sus “compas”.

Comenzaron a decirme “La Picuda” y me autoproclamé “Picucha”.

—Sí. Soy “La Picucha”, así suena más cabrón.

Después vino el gran *torzón*. Mi madre encontró una caja de zapatos llena de dólares y dos kilos de “colas” oaxaqueñas escondidas en el clóset.

—Eres una pérdida. La marihuana es droga de sardos —me reclamó furiosa.

Todos estos años con las monjas no te han servido para nada. Me propinó una chinga de antología.

—Ya verás cuando llegue tu padre, sentenció.

—¡Eres falsa como una moneda de plomo! —gritó mi padre, el abogado, asestando un puñetazo que estalló contra el escritorio de caoba en su inmaculada oficina. Tan encumbrado y decente, aunque tuviera “casa chica”. ¡Ah! Pero eso sí, socio del Club de Leones y del Campestre.

“Esta familia es íntegra y honorable. No voy a permitir que mi única hija se pierda en el vicio”. Y amenazó con meterme de interna en Radford o Loreto.

“Para que te compongas”. —Reventó colérico.

No me compuse. Huí de la casa y abandoné la escuela. Tenía una lana ahorrada en mi cuenta bancaria y me fui a vivir con Martín a un departamento en la Monumental.

No quería competencia. Empezaba a paladear el sabor del billete. Al poco tiempo troné con Martín.

—¿Quién dijo que nomás los hombres saben hacer trácalas? Ni que tuvieran la exclusiva. Por algo me dicen “La Picucha”. Soy bien chingona y la voy a hacer.

Mi destreza para hacer transas crecía al ritmo de mi ambición. Ansiaba ser la versión femenina de “El Greñas”, amo y señor del narcotráfico en esta frontera durante los desmadrosos ochentas.

El “imperio verde” florecía —como la maquila en Juárez— a toda velocidad.

Un buen día, Freddy “compareció” en mi vida. Lo conocí en el bar “Kentucky” de la avenida Juárez. El corazón me dio una maroma. Freddy era tan galán como gañán. Dicharachero y simpático, además de controlar gran parte del narcotráfico en la ciudad.

Un “cartelito” en pañales se avistaba en la frontera y Freddy y yo armamos nuestra cofradía.

#### IV

Una noche dormitaba en el hospital. Debido al dolor y la incomodidad de la posición, mi sueño no era profundo pese al bombardeo de sedantes que me aplicaban. No lograba descansar a fondo. La puerta de mi habitación fue abierta violentamente, seguida por los gritos de una enfermera encañonada por un sujeto con el rostro cubierto por una máscara de cerdo y empuñando un rifle AK47.

—¡Rápido! ¡Súbanla con mucho cuidado! —Dijo el marro dirigiéndose a otras dos enfermeras amenazadas por “Frankenstein” y “Salinas de Gortari”.

Entre el miedo y el dolor casi me desmayé cuando me pasaron a una camilla, empujándome velozmente hasta el estacionamiento. Me metieron a una camioneta negra. Frente a la impotencia y el terror de las enfermeras, cerraron las puertas de la Van y los enmascarados me sustrajeron del lugar.

—¿A dónde me llevan? ¿Quiénes son ustedes? —Pregunté muerta de miedo.

—Cálmese —me gritó el cerdo, quien era el copiloto—, no se asuste, no le va a pasar nada. Tenemos órdenes de llevarla a un lugar seguro.

—Por favor —supliqué—, si ven un bache o un tope, no lo pasen tan rápido. Tengo mucho dolor...

—Pues ya se jodió —profirió el “Salinas de Gortari”—, esta ciudad es “La reina del bache” —todos se rieron.

Llegamos a un sitio donde alcancé a ver una barda enorme y una cochera electrónica abrió sus fauces para recibirnos. Tras un corto trayecto apareció la casa. Me bajaron cuidadosamente y entramos a una espaciosa estancia donde había un techo altísimo dada mi perspectiva en la camilla. Vi muchas cabezas de animales disecados colgadas en las paredes.

—Bienvenida a tu casa, “Picucha” —anunció el “Moteado” mostrando una sincera sonrisa en su rostro de ojos grandes y generosos. Lo conocía de vista —¿quién no?—.

Levantándose la cachucha se inclinó para darme un beso en la frente y dijo enseguida:

—Llévenla a su cuarto y que la revisen de inmediato. Luego se dirigió a los enmascarados:

—Espero que no la hayan lastimado, cabrones, porque si es así ya se los cargó la jodida.

—¿Qué pues, “Moteado”? —Reclamó el “Frankenstein”. Sabíamos que ésta era carga pesada...

Un bofetón casi le arranca la máscara al monstruo.

—¡Pendejo! No es una carga, es la “Picucha”. Mi “Picucha”.

—¡Sáquense de aquí! ¡Órale! No me hagan encabronar más.

Los enmascarados huyeron de la sala. Me llevaron a una amplia habitación donde fui revisada minuciosamente por un doctor acompañado de dos enfermeras que me escrutaban con un destello de curiosidad en sus miradas.

—Vamos a aplicarle un sedante, señorita —informó el médico y la enfermera más joven puso una inyección en la manguera del suero.

Enseguida me dormí.

## V

No sé a qué hora desperté. Lo primero que vi fue el rostro del “Moteado” contemplándome con devoción.

—¿Cómo estás? ¿Tienes dolor? ¿Tienes hambre? Píde-me lo que quieras, chiquita.

—¿Por qué me sacaste del hospital? Todavía no me daban de alta...

—¿Sabes por qué? Porque me gustas un chingo. Siempre me has gustado. Y para darle en la madre a tu amorcito, el Freddy.

—El Freddy es mi compañero, casi mi esposo, no importa que no estemos casados. Yo soy su mujer desde hace dos años.

—¿Ah, sí? Bonito compañero te buscaste. Además de ser mi enemigo natural y mi competencia, se llevó a la vieja que más me ha gustado: Tú. Y ahora, él está en el “bote”...

—Me vale que esté torcido, yo voy a esperarlo. No me importa cuánto tiempo.

Aunque no tenga sentencia, sé que pronto va a salir.

—¿Sabes qué hizo el Freddy en cuanto supo que estabas en el hospital?

—No sé.

—Yo sí. Estoy muy enterado. No se me pasa nada, nunca se me duerme. Pues bien, tu querido Freddy pidió permiso para salir del Cereso “para ir a verte” —señaló—. Claro, un permiso de esos que el espléndido director obsequia para salir los fines de semana mediante una buena feria. Bueno —dijo—, el Freddy salió y en vez de ir a visitarte se fue al nidito de amor de ustedes dos. Sacó todo el billete, incluidas tus joyas, además del clavo que tenían. Si no me crees, háblale al “Mocho”, tu “gato” mayor.

—Ten, aquí está el teléfono.

“La Picucha” no sabe qué decir. El “Mocho” siempre ha sido su mano derecha, atento a cada orden o capricho que ella tenía.

Forjador de toques, cortador de líneas de cocaína, cocinero de base para fumar. Discreto como pocos, la ayudaba a vomitar cuando estaba pasada llevándola a su cama sin propagarse nunca. Confidente y *kleenex* automático cuando el Freddy andaba enfiestado con otras mujeres.

Toma el teléfono y marca a su casa. El “Mocho” contesta:

—“Mocho”, soy yo. Sólo quiero saber si el Freddy estuvo en la casa.

Tras una pausa, el “Mocho” replicó un tímido sí, casi imperceptible.

—¿Se llevó todo? ¿El dinero, el clavo, las joyas?—Pregunté incrédula.

Silencio abrumador.

—Dime, “Mocho”, contéstame por favor—supliqué.

—¿Cómo está, señora? ¿Ya está mejor?

“La Picucha” llora como un bebé desatendido.

—Ya estuvo—ordena el “Moteado” antes de colgar el teléfono—. Ya no llores, chiquita—susurra, abrazándola cariñosamente.

Ella sigue llorando inconsolable.

## VI

—Yo me haré cargo de ti siempre—recalca el “Moteado”—. Cuando mejores, te voy a llevar a Houston para que te pongan la prótesis más “chida” y sexy que te puedas imaginar. Ese pendejo de Freddy nunca supo valorar la viejota que tenía y la cagó. Yo te voy a responder. Conmigo no te faltará nada, te lo juro por ésta—asegura el “Moteado” haciendo el signo de la cruz besándose la mano.

Luego se inclina en la cama de “La Picucha” y tras darle un beso en la frente, se retira del cuarto.

## VII

El “Moteado” coloca una película en la video: *Entre yerba, polvo y plomo*. Se sirve un whisky con agua mineral y forja un toque sentado frente al televisor. Enciende el cigarrillo y comienza a divagar: “Ya tendrás tiempo para quererme. Yo sabré ganarme tu querencia. Pinche Freddy, te jodí y te gané la vieja, cabrón—piensa para sí—. Casi la matan estos pendejos. Sólo les pedí un susto leve, no que voltearan el carro y la dejaran chueca de por vida. No me importa. Así la quiero. Siempre me gustó un chingo y ahora sí va a ser mía pa’siempre”.

## Lluvia

“Miss Hernández” —dice el doctor Domínguez al entrar al cuarto de hospital—, su niño es prematuro y tiene una lesión cardíaca. El hospital Thomason de El Paso no puede manejar estos casos. Tendremos que trasladarlo a Houston para una cirugía de corazón abierto. Vamos a esperar a que su condición se estabilice.

Estará un tiempo en la incubadora para que gane más peso antes de operarlo.

“Su hijo nació adicto, Miss Hernández. Dadas las circunstancias, opino que será mejor para él que trate de sacar su leche y así mejorar su pronóstico. No creo que a usted le interese mucho. Sólo es mi deber informarle la situación”.

—Buenas tardes. —Dice el doctor fríamente como si exhalara un nubarrón de hielo seco antes de retirarse de la habitación.

—¿Y a mí qué me importa? —Piensa Lluvia—. ¡Tengo dieciocho años, carajo! Dieciocho años y estoy torcida, bien torcida por querer pasar veinte kilos de cocaína. Todavía no me dan la sentencia y no sé a dónde fregados me van a mandar en cuanto salga de este hospital. —*Don't care*. No me importa. Quiero un “pase”. Quiero fumar base. Eso es todo lo que quiero. Que mi mamá se las arregle con el niño. No quiso que abortara, ‘ora que se joda con él.

Quiero un “pase”. Necesito un “pase”. Cocinar la coca en un bote y nada más.

—Miss Hernández. —Advierte una enfermera y Lluvia siente el desprecio de su mirada al entregarle un “tiraleche”.

—Mi hijo también es despreciable —masculla—. Yo no lo quería. No lo quiero.

—Miss Hernández, tiene que levantarse a caminar. Tenemos órdenes de que no salga más allá de este pasillo. No importa, de cualquier forma el guardia está afuera —observa la enfermera—. *Excuse me*. —Dice al retirarse del cuarto.

—¿Y esto qué? ¿Cómo chingados se usa? —Exclama viendo el “tiraleche” con extrañeza.

A mí qué me importa si el mocoso traga o no traga. Acomoda la bomba en su pecho y habla en voz alta: si lo hago es porque siento que me revientan las “chichis”.

Llena un pequeño biberón. Se levanta de la cama y tomando la mamila en su mano sale del cuarto.

“Necesito caminar. Escapar de este otro encierro. Sentir que el pasillo es un desierto enorme donde me pierdo para siempre”.

Escoltada por el guardia lleva la mamila a la central de enfermeras.

—Aquí está —expresa al entregar el biberón a una enfermera.

Las tres mujeres de blanco uniforme intercambian miradas entre sí, ignorándola.

—Sí —murmura Lluvia mientras camina por el pasillo—, soy una pinchi bruja. Una pinchi pasada de lo peor que lo único que quiere en esta vida es un “pase”. Una buena roca para picar y juntar con bicarbonato y agua. Cocinar con un

encendedor y un bote para prender la piedra filosofal de mi loquera. Y fumar base y fumar base y fumar base... No puedo ni quiero ser mamá.

Recorre una y otra vez el largo pasillo. Su pensamiento gira, abeja zigzagueante cortejando una flor de tres pétalos: un “pase”, una piedra, un bote...

Una enfermera se dirige hacia ella, interrumpiendo su malilla.

—Miss Hernández, la leche que usted sacó no fue suficiente. Por favor, vuelva a intentarlo —le indica entregándole otro “tiraleche” y un nuevo biberón.

Lluvia decide entrar en el baño que se encuentra a medio pasillo. Saca más leche de sus pechos. Siente el alivio al ceder la presión que los mantenía como si fuesen dos globos a punto de estallar.

—Aquí tiene. —Dice Lluvia al salir del cuarto de baño.

No hay nadie a la vista. Con una rápida mirada detecta al guardia quien habla por teléfono al final del pasillo. Distráido en el teléfono. Absorto en el teléfono. Petrificado en el teléfono.

No lo piensa más. Camina discretamente hacia el lado contrario de donde se encuentra el guardia. Otro pasillo. Desliza sus pasos apresurados siguiendo el letrero de salida. Más aprisa. Otro pasillo. Más aprisa. Baja la escalera. Otro piso menos. Más aprisa. Otros pasillos. Otros pisos. La salida de emergencia. Más aprisa. El estacionamiento del hospital. Corre hacia la calle Paisano. Se de-



tiene a varias cuadas. Pide aventón. Un carro gris se detiene frente al zoológico.

—¿A dónde vas, m'ija? —Pregunta una afable señora desde su automóvil.

—A Juárez. —Contesta Lluvia con voz entrecortada.

—Súbete. Voy a hacer mandado y de pasada visitar a mi familia en Juárez. ¿Cómo te llamas?

—Patricia. —Responde Lluvia, que aún no alcanza a digerir el golpe de suerte.

—¿Por qué andas en pijama? —Cuestiona la mujer al observar el uniforme anaranjado de la prisión.

—Me escapé del hospital, señora. No tengo con qué pagar la cuenta, debo mucho dinero...

—¡Ay, m'ija, cómo no! Si son unos rateros. Se endroga una de por vida con cualquier enfermedad.

—¡Sí señora! Se endroga una con cualquier cosa. —Reitera Lluvia con una sardónica sonrisa.

—Estás sudando, criatura, ¿no tendrás fiebre?

—No, señora. Estoy bien. Cansada, cansada nomás...

Cruzan hacia Juárez por el puente libre y al pasar por el Pueblito Mexicano en la avenida Lincoln, Lluvia desciende del carro y da las gracias.

—¡Cuidate mucho, hijita! Y... ¡que Dios te bendiga!

Lluvia dice adiós con la mano. Su mente difumina el recuerdo del bebé y sólo piensa en tres cosas: un "pase", una piedra y un bote para fumar, perdiéndose con el atardecer por la ciudad.

## Los dolientes

—**Y**a estuvo.

—¿Cómo que ya estuvo?

—Ya acabó. Se nos fue, carnal. Acabó el viejo.

—¡Papá! ¡Papá!

—Déjalo, Alberto. Sufrió mucho. Déjalo en paz, déjalo ir...

—¿Estás seguro? ¿Le hablamos a una enfermera?

—Ya no. —Revela Héctor retirando el estetoscopio del pecho de su padre, al tiempo que deja salir de su boca un tufo alcoholizado como un barquito de vapor.

Los dos hermanos salen cabizbajos y en silencio del cuarto de hospital, encontrándose con una enfermera en el pasillo.

—¿No hay maniobras, doctor?

—No, Rosy, ya terminó.

—Mi más sentido pésame, doctor.

—Gracias, Rosy.

—Vamos a avisarle a la familia —propone Alberto—. Yo me encargo de todo, no te preocupes, carnal. Quiero el mejor funeral para mi jefe. Vete a descansar, Héctor. Yo voy a la funeraria, tú llámale a la familia en Sinaloa.

Héctor llega a su casa y su mujer lo abraza afectuosamente:

—Así está mejor, gordo. Tu papá ya está en paz con este mundo. Desde que le cortaron las piernas por la diabetes estaba como muerto en vida.

Héctor se encuentra sentado en el sillón con la agenda y el teléfono en la mano. Su mujer se acerca y le pregunta:

—¿Quieres uno de mis calmantes? Tienes que dormir, gordito. Nos espera un rato amargo. Por cierto, ¿cómo está tu hermano Alberto?

—Pues según él muy fuerte, pero yo sé que está destrozado. Ya sabes cómo quería a mi papá.

—Sí, adoraba al viejo. Ten, tómate esta pastilla y por favor trata de descansar.

Suena el teléfono. Adormilado por el efecto del alcohol y el tranquilizante, Héctor responde con voz pastosa:

—¿Diga?

—¿Doctor Gómez?

—Sí, Rosy, dígame...

—Doctor, necesitamos que venga urgentemente al hospital.

—Rosy, usted sabe que estamos pasando por un momento difícil...

—Por favor, doctor, venga enseguida...

—¿Para qué quiere que vaya? Todos mis pacientes se encuentran estables...

—Es muy urgente, doctor. No puedo decírselo por teléfono...

—¡Carajo! Rosy, ¿no entiende que mi padre acaba de morir?

—Precisamente se trata de su papá, doctor. Está vivo.

Héctor no puede responder y cuelga el teléfono. Sale apresurado de la casa, sube a su carro y a toda velocidad se dirige al hospital. La madrugada parece estar a su favor. No hay tráfico.

Repasa las palabras de Rosy, la enfermera, como si fueran un eco en su cabeza:

“Su papá está vivo...”

—Mi padre está vivo —recalca—. Aunque parezca una locura, lo creo. Mi padre creció correoso y agüevado como la mala hierba. De niño soportó muchas carencias en el campo, hambres y fríos. Y pa' cabarla de joder, un padre seco y cabrón que fue mi abuelo.

Recuerdo que nos contó el día en que siendo unos lepes, su hermano Macedonio y él andaban arreando chivas en el monte. Tenían campeando solitos tres días. A la hora de juntar los animales para volver al rancho, se dieron cuenta de que faltaba una chiva. Macedonio rompió a llorar porque conocía de antemano la fiereza de su padre. Los colgaría de las vigas de la troje para cuerearlos con una soga mojada. Mi padre consoló a su hermano menor, tomó un ocote encendido de la fogata, se quitó el guarache de tres agujeros y pisó la brasa. Se le hizo una ampolla del tamaño de un testal de masa de maíz. Lloró en silencio y abrazado a su hermano, con la planta del pie herida y reventada, caminaron de regreso al rancho durante siete horas. Mi abuelo les perdonó la falta. Macedonio tenía ocho años. Mi padre diez.

Se casó muy joven, como en todos los ranchos, con la única novia que tuvo: Mi madre. Tras largos años de sequía vio morir a tres de sus hijos por falta de atención médica y sobra de hambre. Sólo sobrevivimos Alberto y yo.

Harto de tanta miseria decidió cambiar el cultivo de temporal por la siembra de marihuana y amapola. Mi hermano Alberto le aprendió el modo al negocio y salió más listo que él. A los veintitrés años ya tenía su propia organización.

Gracias a él yo pude ir a la Universidad y ser médico, pero de no ser por la terquedad del viejo, quién sabe si nos habríamos logrado.

“No sé cómo pude equivocarme –dice Héctor al bajarse en el estacionamiento del Centro Médico–, mi padre es tan chingón que hasta se dio un tiro con la muerte...”

Entra al hospital y se dirige a terapia intensiva. Se encuentra con su colega, el doctor Godínez.

—Esto parece una pesadilla. ¿Qué pasó?

—Cálmate, Héctor –responde el doctor Godínez–. Bajaron a tu papá al sótano para que lo recogiera la funeraria y al pasar un muchacho de intendencia tu padre emitió un gemido. Él pensó que era su imaginación y al acercarse a la camilla, tu papá movió el brazo. Le dimos un tranquilizante...

—¿A mi papá?

—¡No, hombre! Al de intendencia...

—Perdóname, estoy muy confundido...

—Pues prepárate, Héctor. Tu papá está gravísimo. Coma diabético, no podemos asegurar nada...

A la mañana siguiente, un enjambre de gente se encuentra reunido afuera de terapia intensiva.

—Silencio, por favor –ordena una enfermera–. No pueden estar tantas personas aquí.

—Es que venimos a ver al que se murió –detalla una señora gordita y pizpireta.

—¡Ah, sí! El señor Gómez. Pueden pasar de dos en dos y sólo cinco minutos.

Al cabo de unas horas, Héctor sale de terapia intensiva. La hora de visita había terminado y afuera sólo están su mujer, su cuñada Claudia y su hermano Alberto.

—Ahora sí acabó...

—¿Estás seguro, carnal? Ya ves que ayer también se había muerto...

—Está muerto, Alberto, estamos seguros.

Alberto se encuentra en la sala de su casa junto con tres de sus secuaces y sendas botellas de tequila. Saca un ocho de “coca” y comienza a hacer unas extensas líneas sobre la mesa.

—¡Pendejo! Mi hermano es un pendejo. No puedo creer que le haya hecho esto a mi padre. Él lo mató. Mi padre estaría vivo si no fuera por este güey.

Los guaruras no se atreven a hablar. Saben demasiado bien cuando está alterado.

“...Y pensar que yo le di todo a este ‘mosqueado’. Tanto sacrificio para que fuera alguien. Un médico. El primer cabrón que tiene estudios en esta familia. Yo salí bueno pa’ la transa y no quise que Héctor entrara en el negocio. Este inútil me rompió el corazón”.

Alberto comienza a llorar y luego se mete otras dos líneas de "coca". Le da un trago a la botella y continúa dándole vuelo a su monólogo con las quijadas trabadas, acalabrado por el coraje y el exceso de cocaína.

"Se va a arrepentir este jodido. No quiero perdonarlo. Se va a morir, se los juro por ésta", dice besando un crucifijo de oro garapiñado colgando de una gruesa cadena dorada.

Los matones cruzan miradas en silencio, sorprendidos por la sentencia.

"...Y este trabajito me lo voy a echar yo sólo. No quiero que nadie me ayude. Me lo voy a quebrar..."

Al siguiente día familia y amigos se encuentran en la funeraria. La mayoría en la sala de espera. Se corrió la voz de la amenaza y, sabedores de la bravura de Alberto, los condolientes susurran más que de costumbre.

Héctor está pálido y tembloroso a pesar del litro de vodka que trae dentro.

No se atreve a entrar en la capilla, los otros tampoco.

Claudia, la mujer de Alberto, ve a su compadre Rutilio. Se abrazan y Claudia le dice:

—¡Ay, Compadre! Trate de calmar a Alberto. Creo que anda armado y no ha parado de pistear y loquear desde ayer. No ha dormido nada. Está como loco, furioso con Héctor. Quiere matarlo y yo no pude convencerlo de quitarse la idea de la cabeza. Hable con él, compadre. A *usté* le tiene harta ley.

—¿A poco se trajo la pistola? ¿Y los muchachos también andan armados?

—Bueno, compadre, usted sabe que ellos siempre están preparados para cualquier situación. Hágame un favor: abraza a mi marido cuando le dé el pésame para ver si trajo la pistola.

Rutilio entra a la capilla y se dirige a Alberto:

—Compadre, ¡cuánto lo siento! Reciba mis condolencias. —Exclama al abrazar estrechamente a Alberto. Rutilio palpa el bulto que se pronuncia debajo de la chamarra de su compadre y piensa: "Se trajo la .22 de cacha de oro incrustada de diamantes".

Busca con la mirada a su comadre Claudia, quien está en la entrada de la capilla con otras personas. Rutilio asiente con la cabeza mientras Héctor llega con paso tímido al recinto.

De pronto, Alberto se lleva bruscamente la mano a la bolsa del pantalón y en un santiamén, todos —hombres y mujeres— se tiran al suelo "pecho a tierra", algunos escondiendo la cabeza entre los brazos.

—¡Ah, cabrón! —Profiere Alberto al ver a los condolientes tirados en el piso.

Luego voltea rápidamente hacia el féretro.

—Perdón, papacito —vocifera lanzando con rabia el celular de la mano—. Ni en tu funeral deja de joder este pinche aparato.

—¿Pos qué se traen, bola de pendejos? —Grita al observar con extrañeza a toda la parentela y allegados sembrados

en el suelo. Luego se acerca cariñosamente a su hermano y lo estrecha en un fuerte abrazo.

“A poco se creyeron que lo iba a matar, si yo a este cabrón lo quiero como a un hijo...”

—Vente, carnal, se nos fue el viejo —dice entre sollozos mientras se para junto al féretro de su padre—. Vamos a darle el último adiós.

## El héroe

“... **Y** según la averiguación previa que consta en el expediente 25765/93-604, el señor Ricardo Arturo Jiménez Máñez fue puesto a disposición del juzgado Sexto del Distrito por Delitos Contra la Salud en su modalidad de posesión de 18 kilos de marihuana y habiendo depositado 50 mil pesos en este juzgado, queda libre bajo fianza, siendo el día 21 del mes de marzo de 1993, en el Ministerio Público de Ciudad Juárez, Chihuahua, Distrito Bravos”.

Dominga lee en voz alta mientras teclea con agilidad en la máquina de escribir; enseguida la mujer estampa los sellos correspondientes en el acta.

Toma el expediente. Se dirige a la habitación contigua donde se encuentra un hombre joven de aproximadamente veinticinco años, sentado y atado de pies y manos a una silla.

—Ahora sí, mi querido Pablo, es todo tuyo. —Espeta la mujer a un corpulento hombre de simiesca figura, quien sonríe mostrando una mazorca desdentada antes de propinar un puñetazo en la cara al hombre de la silla.

—¡Pégale duro! Nomás cuídale el ojo, no se lo vayas a apagar para siempre, cabrón. —Aúlla la mujer.

—¡Ya no! ¡Ya no! —Grita el ensillado quien en su bamboleo parece una moneda dudando hacia cuál lado caer.

—Dale otros madrazos y bien puestos pa' que se noten, mi Pablito...

El gorilón se regocija con el festín de golpes. Dominga le pide que se detenga y éste la obedece mansamente.

—A ver, *administrale* unos tragos de Coca-Cola pa' que se le baje el susto.

El otro intenta pararse con todo y silla y azota contra el suelo de puros cuernos.

—¡Páralo! ¡Páralo! Tenemos que amarrar la silla para que no se tambalee —ordena la mujer.

El atacante toma otras cuerdas y ancla la silla a las patas del escritorio y alrededor de un archivo.

—¡Ya no! ¡Ya no quiero que me peguen!

—Déjalo que agarre aire y luego le cubres la boca con *tape* porque está gritando mucho...

—¡No! ¡No! ¡Ya estuvo! ¡Ya no! —Proclama el hombre mendigando compasión.

—¡Cómo no, cabrón! Aguántese como los machos. ¡Órale, Pablito! Yo te lo detengo pa' que le pongas el *tape* —dice Dominga mientras sostiene al de la silla, sujetándole los hombros sin dejar de reír. El gorilón da tres vueltas a la cinta alrededor de la cabeza del hombre y una grotesca sonrisa brota en su rostro de nariz de nabo caprichoso adornado de cicatrices mientras gruñe:

—¡Aguanta, cabrón!

La mujer camina hacia el rincón del cuarto, toma un saco de naranjas y coloca parte de la fruta en un florero roto. Se sienta tras el escritorio y comienza a encuear una

naranja tomando los gajos entre sus uñas postizas de color guinda.

—Échate una, mi Pablín. —Lanzándole un naranjazo a la cabeza.

—¿Qué pasó? —Reclama el torturador, quien esquiva el golpe de pura chiripa. La pequeña bola de boliche con cáscara, rueda por el piso.

—Nomás quería calar tus reflejos, mi Pablito. Tenemos que hacer bien este "jale".

El verdugo suelta un graznido como respuesta recogiendo la naranja del suelo. La limpia en la manga de su camiseta. Sus colmillos de ajo amarillento se hunden como trascabo en la fruta.

El ensillado oscila su cabeza empapada de sudor, húmeda perilla de box. Con las paperas producidas por los golpes en el rostro, débil y aturdido, todavía lucha por zafarse.

—¡Cálmate! Ya mero acabamos. —Proclama Dominga, luego voltea a ver el reloj moteado de cacas de mosca en la pared y agrega: Ya estuvo con el descanso. Hay que terminar este trabajito.

Toma el saco con el resto de naranjas metiéndolo en una funda vieja, lo anuda y se lo pasa al ejecutor.

—Ten y 'ora sí, a darle a la piñata, mi querido Pablo.

El simio le da volantín al saco, asesta unos almohadazos de fruta al aterrado hombre de la silla, quien se contorsiona por el dolor y finalmente se desmaya.

—¡Ya estuvo! ¡Párale! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya!

—¿Y ahora qué? —Pregunta el sádico.

—Vamos a aprovechar este sueño para acostarlo en el suelo. Así, bocabajo.

—No seas pendejo, ni se te ocurra desamarrarle las manos. Dale otros costalazos, ahora en la espalda, las nalgas y las piernas... dos, tres, nomás.

El gorilón vapulea varias veces al hombre con el saco.

—Las naranjas son perfectas, dejan unos moretones que parecen mapas, machacan la carne como si te hubieran atropellado. —Declara Dominga dándose aires de sabiduría.

—¿Y tú, cómo sabes? —Cuestiona Pablito.

—¡Oh! De mis múltiples transas con las aseguranzas... Me salió en verso perverso —ríe con ganas—. Pongamos a este hombre en el catre. Es un héroe, aguantó como los machines, ahora merece un descanso, ¡pobrecito!

Cuidadosamente colocan al magullado bulto humano quien sigue sin sentido sobre la cama. La mujer abre un botiquín que hay en un rincón del cuartucho.

Saca una ampolleta y prepara una jeringa con el líquido. Empapa una bolita de algodón con alcohol.

—Bájale el pantalón, Pablito. Este arpón va para la nalga.

—¿Qué es eso, Dominga?

—Un analgésico, lo va a noquear más de lo que ya está. Es para alivianarle el dolor por lo menos un poquillo. Listo —expone tras sobarle la nalga con el algodón—, ¿qué te parece un café y un cigarrito, mi Pablín?

—No. Mejor dame algo más fuerte pa' calmar los nervios y mis manos adoloridas. Hace mucho que no golpeaba a alguien.

—¿Desde tu última pelea en el *ring*? —Inquiere Dominga sacando una botella de ron del cajón del escritorio, sirviendo el pisto en vasos desechables y agregándoles refresco.

—Una que otra pelea callejera, nada profesional. Pero hoy no me dejaste lucirme.

—No, no, mi Pablito —aclara mientras saca un cigarro y lo prende en una fugaz llamarada—, esto nada más era un "entre". Mira nomás cómo dejaste a mi primo Ricardo: bien madreado.

—¿Y ahora qué, Dominga?

—Seguimos con el plan. Luego que despierte el angelito va a ir a buscar a sus socios pa' que vean la golpiza y los papeles donde dice que lo torcieron. Ricardo va a decir que lo "calentaron" para sacarle la sopa. Te puedo apostar que hasta le van a agradecer que no los haya delatado.

—¿Y no crees que sospechen algo raro?

—¿Con la madriz que le pusiste? No. Además, acuérdate de que papelito habla. Aquí consta *legalmente* que estuvo torcido y salió bajo fianza. Esta runfla de malosos son novatos y están bien silvestres, mal saben leer y escribir. Todo está arreglado. Así les bajamos la "mota" sin que haya "pedo" en el ejido. Con el tremendo susto que les va a dar el torzón de Ricardo, ni ganas van a tener de averiguar nada.

—¿Y cómo le hiciste pa' tener la papelería y los sellos esos, Dominga?

—¡Ah! Pues pelada. Es que hace tiempo trabajé en el Ministerio Público. Bien dice el dicho: "Mujer prevenida vale por *Dios*". Ya hasta tengo los clientes pa' la "mota". Esa feria nos va a caer muy bien, Pablito. Es el "jale" perfecto.

—Oye, Dominga, ¿te puedo hacer una pregunta y no te enojas?

—Pregúntame lo que quieras.

—No sé. Como que te veías muy contenta cuando me descontaba a tu primo...

—¡Ay! Es que él fue re'te maldito conmigo cuando éramos niños. —Detalla.

Dominga se sienta en la cama para acariciar la chipotuda y ensangrentada cabeza de Ricardo "El Durmiente". Ahora sí estamos a mano. Es mi héroe este cabrón.

## Junior

*Para Melissa W.*

¿Cómo olvidar a Junior? —Comenta Mercedes hablando para sí misma al evocar al niño que la lleva de paseo por la memoria hasta el kínder San Martín—. El día que lo conocí hacía un aironazo de esos que transforman a Juárez en el 'Paraíso Terrenal'. Mientras luchaba contra el viento para cerrar la reja de la escuela, llegó una troca roja de doble cabina rayando llanta y se estacionó en sentido contrario frente al kínder. Se bajó un hombre joven jaloneando a un niño que parecía una réplica de su padre, tanto en el físico como en el atuendo: un auténtico vaquero en miniatura. El padre lo traía casi a rastras y el pequeño comenzó a llorar.

—No chille, cabrón, parece vieja. Acuértese de que los hombres no lloran... —Reclamó el padre.

—Buenos días, ¿cómo te llamas? —Expresé dirigiéndome al pequeño.

—Este es Junior, maestra. Su mamá lo inscribió ayer. Sí le habrá comentado que acabamos de llegar a Juárez, ¿verdad?

—Sí, señor —contesté extendiendo mi mano hacia el niño, quien se tiró al suelo rehusando levantarse.

—¡Órale, m'ijo! Ya le dije que no chille. ¡Párese! —Le gritó, al mismo tiempo que lo desprendió del suelo como si fuera un muñeco con resorte.



—Déjemelo, va a estar bien. Ven, vamos adentro para que conozcas a tus compañeros —le indiqué.

—Ahí se lo encargo, señora. ¿Usted es la directora?

—Sí. Mucho gusto, señor... y su maestra también —respondí mientras mi mano quedó tendida en el aire porque sonó el teléfono celular. El individuo contestó la llamada con un elegante: ¿Qué “pedo”, cabrón?

Se dio la media vuelta e ignorándonos se dirigió a su lujosa camioneta sin despedirse de su hijo, quien no cesaba de llorar. Entramos al salón. Junior estaba más tranquilo, pero asustado.

—Siéntate en esa banca pero primero me das tu sombrero para dejarlo en el guardarropa. —Le propuse al güerejo.

—¡No quiero! —Replicó y su botita color verde espinaca se encajó en mi espinilla como un clavo. Lo tuve que corretear por todo el salón hasta que logré darle alcance. Puse su sombrero arriba del armario y el mini vaquero pasó el resto del día resignadamente tranquilo.

Junior era un niño muy inteligente, introvertido, agresivo y solitario. A la hora del recreo sacaba sus juguetes e ignorando al resto de los niños se iba a jugar a un rincón. Casi nunca salía al patio, prefería permanecer aislado en el salón.

Es común que los niños sean violentos en sus juegos. Junior me sorprendía con su desbocada imaginación. Yo pensaba que quizá veía demasiada televisión.

A Junior le encantaban las trocas grandes y siempre cargaba una pistola de plástico en una pequeña funda colgada del cinturón piteado. Con frecuencia les disparaba a sus mu-

ñecos y un día observé cómo amarró a varios de ellos con una cinta de zapato que alguien había extraviado.

Después de amarrarlos se quitó un “curita” que traía pegado en un dedo, cortó varias tiras con las tijeras, se las colocó a los monos en la cara y bramó: ¡Para que aprendan a respetarme, cabrones!

—¡Junior! ¿Qué te he dicho de las malas palabras?

—Que no hay que decirlas, señorita Mercedes...

Invariablemente los juegos de Junior seguían llamando mi atención a la hora del recreo. Comencé a observarlo con detenimiento para hacer una evaluación sobre su conducta:

\* Junior metiendo sus monos maniatados en las cajuelas de sus carritos.

\* Los muñecos de Junior disparándose de carro a carro.

\* Junior amarrando muñecos con su agujeta hostigadora.

Los oscuros juegos de Junior cada vez me intrigaban más y más. Cierta día lo sorprendí ensimismado en un sombrío pasatiempo: había tomado el borrador y les estaba echando el polvo del gis —como si fuera talco— a cinco muñecos acostados en “fila india” en el suelo. Luego los colocó en la tapa de una caja de zapatos. Cuando vi que se levantó con su charola de monos, me escondí detrás de la puerta del salón. Con sigilo lo seguí a través del patio hasta que se acercó al cajón de arena. Escarbó un hoyo y puso a tres de sus muñecos en el fondo de una pequeña fosa. Vacío una capa de are-

na y sobre ésta colocó el resto de sus muñecos cubriéndolos hasta el ras, disimulando luego el rastro de la fosa.

Regresé furtivamente al salón de clases aún vacío y continué preparando las tareas para el siguiente día. De pronto sentí una molestia en el cuello; era Junior apuntándome con su pistolita. Tenía una mirada álgida y una tétrica sonrisa que discrepaba con sus dientes de leche.

—Mire, pinchi vieja. No me ande espiando porque le voy a decir a mi papá. El sí tiene una pistola de a de veras. Además, tenemos un patiezote.

Enseguida me dio un bachón con la cache de su pistola y salió corriendo del aula. Ni siquiera me atreví a perseguirlo, mucho menos a denunciarlo. Cuando regresaron los niños del recreo di por terminada la clase.

Busqué mi cambio a otra escuela. No quería tener problemas a futuro porque ya había conocido a su padre, quien realmente parecía un hombre de armas tomar.

¿Cómo estará Junior? ¿Qué habrá sido de él? Pienso con tristeza mientras leo el encabezado del periódico:

“Continúan las excavaciones en las narcofosas. Van seis cadáveres”.

Es cierto. Todo era cierto —musito impresionada tras leer la nota—. Su papá sí tenía una pistola de a de veras y un patio grande, grande...

Y sigue la mota dando...

## Glosario

- A gorro:** de prisa, velozmente.
- Agüitar:** entristecer.
- Amagativo:** cigarro de marihuana (Juárez).
- Apalabrado:** en contubernio.
- Apañados:** confiscados, atrapados por la Ley, torcidos.
- Arreglado:** drogado.
- Arreglador:** que droga de manera intensa.
- Arreglo:** cigarro de marihuana (México).
- Atizar:** fumar marihuana.
- Atolondrador:** cigarro de marihuana (México).
- Aturrados:** drogados.
- Bacha:** última parte de un cigarro de marihuana. Contiene más resina, producto de la combustión. Su efecto es más intenso.
- Bambino:** cigarro de marihuana (México).
- Bascular:** esculcar.
- Birrias:** cervezas.
- Burrito de verde:** cigarro de marihuana (Juárez).
- Café:** marihuana (México).
- Calentar:** torturar.
- Camellar:** trabajar, laborar, ponerle al "jale".
- Cannabis:** marihuana. Nombre científico de la planta de marihuana (*Cannabis sativa*, *cannabis indica* y *cannabis ruderalis*).
- Cantón:** casa.
- Canuto:** cigarro de marihuana (Argentina, Chile, España).
- Carnal:** hermano.

**Carrujo:** cigarro de marihuana. Término antiguo (México).  
**Clavo:** escondite donde se guarda droga.  
**Clica:** banda, grupo, asociación.  
**Cocinar base:** procedimiento que consiste en agregar a la cocaína agua, bicarbonato y calor para sacar la cocaína base, de mayor pureza, la cual se fuma. Es muy adictiva.  
**Cochi:** marrano, puerco, cerdo.  
**Colas:** parte más resinosa y efectiva de la planta de marihuana.  
**Conecta:** transacción de droga.  
**4-20:** código de la policía para referirse a la marihuana.  
**Cuerno de chivo:** rifle AK 47.  
**Customs:** agente dedicado a la búsqueda de narcóticos en el puente internacional.  
**Chelas:** cervezas.  
**Chile relleno:** cigarro de marihuana (Juárez).  
**Chole:** Se dice de quien no usa drogas. Fresa.  
**Chubi:** cigarro de marihuana (México).  
**Chumito:** cigarro de marihuana (El Salvador).  
**Churro:** cigarro de marihuana (México, Argentina).  
**Churrumais:** cigarro de marihuana (Juárez).  
**DEA:** Drug Enforcement Agency en Estados Unidos equivalente a la AFI, Agencia Federal de Investigaciones en México. Ambas enfocadas en la lucha contra el narcotráfico.  
**Dealer:** narcotraficante, quien mueve o comercializa droga. Vendedor de droga.  
**Dope:** marihuana (EUA).  
**Drinks:** tragos, bebidas alcohólicas.  
**Dubi:** cigarro de marihuana (México).  
**El Chuco:** El Paso, Texas.  
**Endo:** marihuana, según los personajes de caricatura de South Central Park (EUA).

**Epazote:** cigarro de marihuana (México).  
**Fasito:** cigarro de marihuana (Argentina).  
**Feria:** dinero.  
**Finito:** cigarro de marihuana (Argentina).  
**Flautín:** cigarrillo de marihuana (México).  
**Flavio:** cigarro de marihuana (México).  
**Forjar:** hacer un cigarro de marihuana.  
**Gabacho:** americano de Estados Unidos.  
**Gaitán:** cigarro de marihuana (México).  
**Gallardo:** cigarro de marihuana (México).  
**Gallego:** cigarro de marihuana (México).  
**Gallo:** cigarro de marihuana (México).  
**Gandalla:** abusón, transa, aprovechado.  
**Ganja:** marihuana (Jamaica).  
**Grass:** marihuana (EUA).  
**Grifa:** marihuana. Uno de los términos más antiguos utilizados en México.  
**Güachos:** soldados.  
**Güiro:** cigarro de marihuana (Chile).  
**Hasta la madre:** muy drogado, pasado.  
**Hemp:** marihuana (EUA).  
**Incordios:** fastidiosos.  
**Jale:** trabajo, empleo.  
**Joint:** cigarro de marihuana (EUA).  
**Juanita:** marihuana. Uno de los términos más antiguos utilizados en México.  
**KLAQ:** estación de radio rockera de El Paso, Texas (95.5 FM), muy popular en la frontera desde su inicio en la década de 1970, como XROCK80; luego fue *The Pass* (FM94) hasta la actualidad.  
**Ladrillo:** kilo de marihuana.  
**Lata:** onza de marihuana.  
**Latear:** vender onzas de marihuana.

**Leño:** cigarro de marihuana (México).  
**Lepes:** niños.  
**Loco:** drogado.  
**Loquear:** drogarse.  
**Lurio:** contento.  
**Maconia:** marihuana (Argentina, Brasil).  
**Macoña:** marihuana (México).  
**Macoños:** marihuanos.  
**Machín:** mucho –la quiero machín–, valiente –el mero machín–, alguien o algo relevante.  
**Malandro:** malviviente.  
**Malilla:** abstinencia, ganas de drogarse.  
**María:** cigarro de marihuana (Puerto Rico, Argentina).  
**Marisco:** marido.  
**Marro:** cigarro de marihuana (México).  
**Mary Jane:** marihuana. (EUA).  
**Matar la patada:** desalentar, desanimar.  
**Material:** droga.  
**Menear:** traficar.  
**Menudo:** plato típico del Norte de México, hecho con la panza de la vaca, maíz en grano y chile colorado. Se sirve con orégano, cebolla picada y limón.  
**Milpa:** sembradío de maíz.  
**Mochar:** compartir.  
**Moiss:** marihuana (Juárez).  
**Mole:** sangre.  
**Mora:** marihuana (México).  
**Morrita:** novia, mujer.  
**Mosqueado:** drogado, distraído, atontado.  
**Mostaza:** marihuana (México).  
**Mota:** marihuana (México).  
**Muggles:** marihuana. Término usado por músicos jazzistas

en los años veintes (EUA).  
**Muino:** enojado.  
**Mulas:** pasadores o transportadores de droga. También se les dice así a los agentes judiciales.  
**Munchies:** hambre producida por efecto secundario de la marihuana.  
**Nescafé:** marihuana (DF).  
**Nixtamal:** masa de maíz para hacer tortillas.  
**Ocho:** tres gramos de cocaína.  
**Ondeado:** drogado con cocaína.  
**Pacheca:** pasada, drogada.  
**Pasado, pasada:** drogado, drogada.  
**Pase:** dosis de cocaína.  
**Paseados:** drogados con cocaína.  
**Pelada:** fácil.  
**Petardo:** cigarro de marihuana (Chile).  
**Picadientes:** cigarrillo de marihuana (México).  
**Piñero:** mentiroso.  
**Pistos:** bebidas alcohólicas, tragos.  
**Piteado:** bordado especial que se hace en cintos y botas vaqueras.  
**Pito:** cigarro de marihuana (Chile).  
**Poner en la cruz:** sacrificar a alguien, delatar.  
**Ponerle al "jale":** trabajar.  
**Porro:** cigarro de marihuana (Argentina).  
**Pot:** marihuana (EUA).  
**Preciso:** jefe de la banda, poseedor de droga.  
**Queso:** cigarro de marihuana (México).  
**Queto:** cigarro de marihuana (México).  
**Reefer:** marihuana. Término usado en los años cincuentas (EUA).  
**Risión:** risa, carcajadas.  
**Rolando:** cigarro de marihuana (México).

**Rooster:** cigarro de marihuana (Juárez).  
**Sablear:** pedir dinero o droga a una persona.  
**Sacar el clavo:** sacar la droga.  
**Saltatrás:** cigarro de marihuana (Juárez).  
**Santa Muerte:** culto religioso a la Muerte. Se le representa con una guadaña o sosteniendo al mundo en sus manos. Muy favorecido principalmente por los narcotraficantes, las sexoservidoras y practicantes de magia negra. Se le rinde culto en Tepito, en el mes de agosto.  
**Sardos:** soldados.  
**Señor Malverde:** patrono de los narcotraficantes, no reconocido por la iglesia. Su capilla se localiza en Culiacán, Sinaloa, México, y recientemente en Aldama, Chihuahua.  
**7-Eleven:** cadena de tiendas de autoservicio en EUA.  
**Sin semilla:** marihuana de alta calidad.  
**Smoke:** cigarro de marihuana (EUA, Inglaterra).  
**Son:** cigarro de marihuana (Juárez).  
**Spliff:** cigarro de marihuana (Jamaica).  
**Tacha:** anfetamina o metanfetamina. Estimulante del sistema nervioso que produce alteraciones en la conducta, hipersensibilidad y a veces, alucinaciones.  
**Tamalito:** cigarro de marihuana (México).  
**Tamalito de coca:** "pase" de cocaína.  
**Taniche:** tienda.  
**Tanichito:** tiendita.  
**Testal:** bola de masa de maíz con la que se hace tortillas.  
**Tizna:** trabajo, joda.  
**Toque:** cigarro de marihuana (México).  
**Torcido:** apañado, confiscado, en la cárcel.  
**Torzón:** apañe, confisque.  
**Transa:** transacción de droga. Se dice también de alguien que toma ventaja de otra persona.

**Troca:** camioneta, pick-up.  
**Troje:** cuarto donde se almacena maíz o forraje.  
**Tugurio:** antro, bar.  
**Varillo:** cigarro de marihuana (Colombia).  
**Wari:** canasto o cesto tarahumara hecho de palma.  
**Yesca:** marihuana (México).  
**Zacarías:** cigarro de marihuana (Juárez).  
**Zacate:** marihuana (México).  
**Zepellín:** cigarro grueso de marihuana.  
**Zihuaraya:** marihuana (Nicaragua). Hay una canción con ese nombre.

## Índice

La apuesta.....9

Prólogo.....13

### Delincuentes

La cosecha.....19

Ni la Santa Muerte.....23

El acecho.....27

La ganga.....31

American, Sir.....35

Rita.....39

Dije que a todos.....43

La pasada (Panamá red).....47

Amor elástico.....49

Los galanes.....51

Pilar.....55

“La Picucha”.....67

Lluvia.....79

Los dolientes.....83

El héroe.....91

Junior.....97

Glosario.....103

## Colección Premios

### Serie: Premio Chihuahua

*Ángel del desierto*, Ilya Cazés

*Blind Sugar*, Édgar Trevizo

*Detén mis trémulas manos*, Mario Lugo

*El jardín del colibrí*, José Luis Domínguez

*Filosofía de la educación en Chihuahua*, Ivonne Arroyo Picard

*La democracia de los sentidos*, Javier Contreras Orozco

*La mujer que no fui*, Rogelio Treviño

*Larvario*, Lucía Mendoza Cano

*Los cuentos de la mujer perdida*, Jaime Romero Robledo

*Los días sin Bárbara*, Roberto Ransom

*Migración de indocumentados mexicanos a Estados Unidos: Consideraciones económicas*, Héctor Olea Hernández

*Mujer alabastrina*, Víctor Bartoli

*Teatro y maroma. Chihuahua siglos XVIII y XIX*, Alma Montemayor

### Serie: Premio Testimonio

*Encuentro con un medio desconocido*, César Francisco Pacheco Loya

*La casa de cartón*, Luz María Montes de Oca

*Notas desde la montaña*, Guadalupe Guerrero

*Tarahumara, una tierra herida*, Carlos Mario Alvarado

## Colección Solar

### Serie: Poesía

*A la sombra del gigante*, Ana Carolina Apodaca Monge

*Arrecifes de sal*, Martha Estela Torres Torres

*Campos ignotos*, Antología del Taller Literario Pablo Ochoa

*Casas enteras temblando*, Jim Bodeen

*El arte de la circunstancia*, Joaquín Lozano Chávez



*El aire de las cosas*, Alfredo Espinosa  
*Espejo de fuego*, Lilly Blake  
*Eucaliptos en el viento*, Aixa Hernández Vargas  
*Hojas de magnolia*, Martha Estela Torres Torres  
*Jardín de luna*, Elko Omar Vázquez Erosa  
*Los dedos en la llama*, José Luis Domínguez  
*Memoria de la piedra*, Héctor Contreras López  
*Para cantar después de la derrota*, Gabriela Borunda  
*Paredes del insomnio*, Susana Avitia Ponce de León y Alfonso Chávez Salcido  
*Puentes de Fuego*, Rafael Jurado  
*Quinteto para un pretérito*, José Luis Domínguez, Andrés Espinosa Becerra, Juan Marcelino Ruiz, Dolores Guadarrama y Raúl Manríquez  
*Romancero de Majalca*, Abel Beltrán del Río y Enrique Amaya Neurdet  
*Santuarios desierto mar*, Juan Armando Rojas  
*Tierra baja*, José María Lugo  
*Zero borderland*, Mauricio Rodríguez

#### Serie: Narrativa

*Asuntos de vida o muerte*, Marisol Chávez Cano  
*Contar la vida*, Isauro Canales Martínez  
*Crónicas de naufragios*, Alonso Mena  
*Cuentos para recuperar la cordura*, Carmen Rodríguez Torija, Joel Horacio Orozco González y José Alberto Díaz Godínez  
*Declaración de guerra*, Isauro Canales Martínez  
*Desierto sol*, Martín Camps  
*Don Nabor*, Mario Góngora Hernández  
*Dunas radiactivas*, María del Rosario García Burrola  
*Eclipse*, Antonio Villegas Flores  
*El último canto de los lirios*, Isauro Canales Martínez  
*Historias de humo y viento*, Elko Omar Vázquez Erosa  
*La casa movediza*, Jorge de la Barrera  
*Luna Hiena*, Ea Pozoblock  
*Más allá del Conchos*, Concepción López Valles y Humberto Payán Franco  
*Museo marino*, Roberto Ransom  
*Par / ten*, César Silva Márquez y Édgar Rincón Luna  
*Pasión literaria*, Martha Estela Torres Torres  
*Pescador*, Eduardo Sáenz Casavantes  
*Poemática de la naturaleza*, Eduardo Sáenz Casavantes  
*Raiyah-Nai (Bodhisattva)*, Miguel Alcaraz del Castillo

*Reflexiones sin remedio*, Rodrigo Pérez Rembao y Javier Mariano Rubio  
*Relatos de la Hacienda de Santa Gertrudis*, Baltazar Ruiz Barroterán.  
*Si te cuento*, Flora Isela Chacón Flores  
*Valle de Cardos*, Simitrio Quezada Martínez  
*Volver a la tierra*, Luis Arturo Chavarría Camargo

#### Serie: Dramaturgia

*Chihuahua para niños*, Antonio Zúñiga  
*Historias ordinarias de gente extraña*, Georgina G. Ayub Chávez  
*La puerta negra: la invención de Delgadina*, Felipe Ángel Nájera Arreola  
*Obras clásicas. Adaptaciones*, Eva Castro Pérez  
*Voces sin sombra*, Georgina G. Ayub Chávez

#### Serie: Ensayos

*Así enseñaban nuestros profesores*, Fernando Sandoval Salinas y Ramón Gutiérrez Lozano  
*Ciudad Juárez: Una frontera en crisis*, Jorge Humberto Chávez Ramírez, Gabriela Minjares Baltazar, Bertha Ramírez Acosta, Cinthia Camacho Contreras, Sergio Arturo Duarte Méndez, Rubén Terrazas Sáenz, Lorena Patricia Figueroa Hernández, Raúl Gómez Franco  
*Chihuahua: el sitio, herencia monumental*, Rigoberto Holguín González  
*Diagnóstico sociocultural de los Pimas del estado de Chihuahua*, Horacio Almanza  
*Escuela modelo.*, Fernando Sandoval Gutiérrez  
*Escuela albergue, poder y negociación*, Lorena Gallegos Renova  
*Estética, filosofía y sabiduría*, Jorge Alberto Ordóñez Burgos  
*Hegemonía y educación bilingüe-bicultural en la Sierra Tarahumara*, Alejandro Arrecillas  
*Historias cercanas*, David Pérez López  
*Hacer la impostura*, Juan Cristóbal Pérez Paredes  
*Informe Natorp*, Esteban A. Gasson Lara  
*La poesía órfica y la sabiduría antigua*, Jorge Ordóñez Burgos  
*Los costos de la modernidad*, Victoria Granados Pérez  
*Los olvidados*, Antonio Vilanova Fuentes  
*Muerte de Villa*, Antonio Vilanova Fuentes  
*Mujeres, antros y estigmas en la noche juareense*, Jorge Balderas  
*Mujeres y fronteras: Una perspectiva de género*, María Socorro Tabuena Córdoba  
*Oñate: Conquistador de Nuevo México*, Concepción López de Valles y Humberto Payán Franco  
*Santo niño. El barrio... Mi barrio*, Mario López Morales  
*Políticas indigenistas*, Eugeni Porras Carrillo  
*Potencial de desarrollo y desequilibrio regional en Chihuahua*, Luis Enrique Gutiérrez Casas

*Principios de sensibilidad*, Federico Corral Vallejo  
*Ralámuli Ra'ichábo! ¡Hablemos el tarahumar!*, Enrique Servín  
*Rarámuri: el lugar de la vida y la muerte*, Jesús Vaca Cortés  
*Regiones de desemejanza*, Roberto Ransom  
*Revolución en el panteón*, José Carlos Hernández Aguilar  
*San José Baqueachi: Historia de un ejido tarahumara*, Mayra Mónica Meza Flores  
*Santa Cruz, antigua región de los tapacolmes. Historia de la Villa de Rosales*, Eduardo A. Esparza Terrazas  
*Valle de Allende: Patrimonio cultural de Chihuahua*, Federico Mancera Valencia, Raúl García Flores, Alonso Domínguez Rascón y Cecilia Calderón Puente  
*Vivimos para morir, morimos para vivir*, Ana L. Prieto Valdés

### Colección Especiales

*Arte letal: Vida, pasión y milagros de José Alfredo Jiménez, Lupita D'Alessio y Juan Gabriel*, Alfredo Espinosa  
*Aventuras de coctel*, Jesús Chávez Marín  
*Cien años de cine en Chihuahua*, Alma Montemayor  
*El canto del Quetzaltótol*, Manuel Talavera Trejo  
*Impactos culturales del plan maestro Barrancas del Cobre*, Federico Mancera, Alonso Domínguez y Arturo Herrera  
*Teatro de los Héroes. XXV aniversario*, Alma Montemayor  
*Memoria I Encuentro de narradores del noreste*

### Colección Libros de Arte

*Benjamín Domínguez: el cuerpo en la mirada*, Benjamín Domínguez  
*Escultomurales y Mundos oníricos de Luis Y. Aragón*  
*Esplendor y decadencia del antiguo Teatro de los Héroes*, Alma Montemayor  
*Un faro de luz en la pintura*, Alberto Carlos

### Colección Infantil

*El pequeño mago*, Alma Montemayor  
*Juegos infantiles en Chihuahua*, María Sánchez Portillo y Raúl Balderrama Montes  
*La coneja estéril*, Paulino Arreola Arreola  
*Rehilete: Antología literaria para niños*, Maricela Duarte

### Colección Rayénari

*Antes del ayer*, Joaquín-Armando Chacón  
*Demiurgo de una teatralidad sin fronteras*, Víctor Hugo Rascón Banda

### Colección Autores Chihuahuenses

*Canción y diálogos de amor*, Mario Arras Rodríguez  
*Luz de luna en los adueros*, Virgilio Gastélum

### Colección Coediciones

*Arquitectura de Al-Andalús (herencia de un arte)*, Sergio Chávez Domínguez  
*Antología*, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Chihuahua  
*Carta a Juárez y a sus amigos y Los informes de Reubén Creel*, Félix Pyat y Víctor Orozco  
*Días de septiembre*, Raúl Manríquez  
*El arte rupestre en Chihuahua*, Francisco Mendiola  
*El Barrio Viejo de mis recuerdos*, José Luis Domínguez  
*En la frontera norte. Ciudad Juárez y el teatro*, Enrique Mijares  
*Infierno grande*, Alfredo Espinosa  
*La ciudad imantada*, vida de Milton Vidrio de Ernesto Lumberras  
*La señal del burro*, Luis Fernando Rodríguez Torres  
*Los nombres del Arcoiris*, Braulio Peralta  
*Los poemas de Tsin Pau*, Carlos Montemayor  
*Peregrino*, José Vicente Anaya  
*Pubis al cielo*, Ramón Gerónimo Olvera  
*Tarahumara. Una antigua sociedad futura*, María Elena Orozco  
*Travesía. Crónicas Maríneras*, Mauricio Carrera

*Delincuentes: historias del narcotráfico,*  
se terminó de imprimir  
el 4 de septiembre de 2009  
en Carmona Impresores S.A. de C.V.,  
Calzada Lázaro Cárdenas No. 850  
Torreón, Coahuila  
lada sin costo: (01 800) 228 22 76

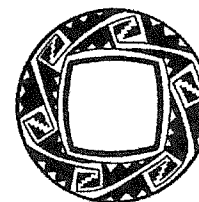
La edición consta de 1 000 ejemplares

Coordinador editorial: Luis Iván Carlos Hernández

Edición y diseño: Leticia Carrillo Girón

Jefe de redacción: Claudia Saldaña León

Mesa de redacción: Claudia Saldaña León, Enrique Servín Herrera,  
Jesús Ricardo Hernández Olivas, Juan Ricardo Martínez Ríos  
y Lilia Esperanza Sierra Pérez Rodríguez





ISBN: 978-607-7788-17-1



9 786077 778817